Boirie, Eugène Cantiran de.

El hombre de la selva negra.

Núm. 59.

EL HOMBRE DE LA SELVA NEGRA.

COMEDIA EN TRES ACTOS

TRADUCIDA DEL FRANCES POR B. G.

representada en el Coliseo de la Cruz el año 1815

VALENCIA: IMPRENTA DE GIMENO,
FRENTE AL MIGUELETE. 1822.

Donde se hallará esta y otras nuevas y antiguas, é igualmente un surtido completo de sainetes.

ACTORES.

RODULFO, Elector del Palatinado.
EL CONDE GERALDO, antiguo Ministro del Elector.
JULIO, hijo del Conde Geraldo.
ZIMERAF, Vagamundo.
HERMAN, Ministro actual del Elector.
FRANTZ, labrador en la Aldea de Rheinstald.
RAGOTZI, Alcaide del Castillo de Rheinstald.
CELANIRA, hija del Elector.
BEATRIZ, Madre de Frantz.
PEDRO, hijo de Frantz.
FRITZEN, Confidente del Conde Herman.
UN GEFE DE BOHEMIOS.
PAGE DEL ELECTOR.
GUARDIAS DEL ELECTOR.
BOEMIOS DE LOS DOS SEXOS.
ALDEANOS DE LOS DOS SEXOS.

La escena se representa en el Palatinado en el año de 1600.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el patio de una granja: en el fondo hay un cercado con una gran puerta que dá al campo; de la otra parte del cercado se vé un camino tortuoso abierto en la peña y adornado de árboles, que conduce al bosque: en el lado opuesto hay otra senda que guia al castillo situado en la cima del monte. Sobre la parte anterior de la escena, á la derecha, está la casa con una ventana á la altura de un hombre, y á la izquierda de dicha casa la puerta del Jardin.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ *leyendo sentada al pie de un árbol;* PEDRO *saliendo al teatro.*

Ped. Abuela, abuelita, abuelita mia? No oye! está mas sorda que una tapia... Válgame Dios... (1) Papá la está á usted esperando para almorzar, entiende usted abuela?

Beat. El que? una novela? no acostumbro yo leer novelas.

Ped. Si... eso es, una novela! ya empieza á desvariar.

Beat. Esos libros son muy dañosos, hijo mio.

Ped. Dale! Yo no le hablo à usted de eso.

Beat. Oh! sí, esta lectura es mas agradable.

ed. Esto es para condenarse... parece que lo hace adrede... la sangre tengo abrasada... mire

1 *Se arrima á ella, y la dice al oido.*

usted que quietecita se está todavía; cuándo acabará? Pero quisiera yo saber cómo lo hace para leer; porque es claro que no debe oirse á sí misma una sorda.

Frantz. Perico. *(desde dentro.)*

Ped. Anda! ya me está llamando mi padre.... Abuela, abuela.

Beat. Vamos, qué me quieres? á qué viene gritar tanto?

Ped. Toma! Se queja de que grito demasiado, y no oye lo que la digo.

Frantz. Perico. *(desde dentro.)*

Ped. Ya voy, ya voy; es tan vivo de genio mi padre que se vá á enfadar; qué he de hacer?

ESCENA II.

LOS MISMOS Y FRANTZ.

Frantz. Acabarás pronto? qué haces aquí? no oyes que te llamo?

Ped. Pero papá, yo no tengo la culpa. Grito con toda mi fuerza, y mi abuela no me quiere oir. Es estraño: regularmente no está tan sorda... Tiene algunos dias...

Frantz. Por qué no tomas la trompetilla?

Ped. Ah! es verdad; ya no me acordaba.

Frantz. Aquí la tengo, tómala.

Ped. Démela usted, va usted á ver qué bonitamente se lo canto al oido... es muy gracioso esto... cuanta simetria para una conversacion!

Fran. Quieres hacerme el favor de despacharte?

Ped. Ya voy, padre, ya voy. (1) Abuela, venga usted á almorzar; que ya hace dos horas que

1 *Arrima la trompetilla á la oreja de Beatriz.*

la mesa está puesta... Puf!

Beat. Y por qué no me lo decias?

Ped. Vaya! no se lo he dicho!

Frantz. Buenos dias, madre... (*se sientan.*)

Beat. Ah! buenos dias, Frantz: siento haberte hecho esperar; pero yo no lo sabia; ese tonto no me ha avisado. Vamos, vamos, que despues del desayuno quiero marcharme al instante á mi casa.

Frantz. Tan pronto, madre?

Beat. Hé?

Pedro con la trompetilla. Papá pregunta por qué se vá usted tan pronto?

Beat. Es preciso, amigo; tengo mis razones para ello. Sí, mis razones. (1) Te admiras? Aunque no soy rica, sin embargo me gusta socorrer à los que son mas pobres que yo: tengo ciertos infelices á quienes doy diariamente una pequeña provision. En todo el dia de ayer no me han visto, y si les faltase hoy, creerian que los he abandonado; esto aumentaria sus penas, lo que me seria muy sensible: porque bien lo sabes, Frantz, el que hace esperar al pobre que le necesita, no es digno de agradecimiento.

Frantz. (2) Qué buena señora! Hola! Se oyen cañonazos en el castillo de Reinstald.

Ped. Qué querrá decir eso?

Frantz. Gran novedad debe ser.

1 *Frantz hace un ademan de sorpresa.*

2 *Oyénse varios cañonazos, cuyo humo se vé salir por entre las torres del castillo.*

Ped. No tardaremos mucho en saberlo; papá, allí veo al señor Ragotzi que se encamina hácia aqui.

Beat. No vienes, Frantz?

Frantz. Perdone usted, madre, soy con usted en el momento.

Ped. Tampoco ha oido los cañonazos.

Beat. Yo me entro; allá te esperaré.

Beatriz entra en la casa: Ragotzi, que mientras el diálogo anterior habrá bajado la montaña, entra en la escena.

ESCENA III.

FRANTZ, RAGOTZI, PEDRO.

Ped. Señor Ragotzi, buenos dias; vaya, díganos usted qué hay de nuevo en el castillo.

Frantz. Callarás, hablador?

Rag. Buenos dias, amigo Frantz.

Fran. Buenos se los dé Dios al valiente Ragotzi.

Rag. Amigo, gran novedad! el Elector mi señor, llega hoy al castillo de Reinstald.

Frantz. El Elector?

Rag. Sí; S. A. viene á cazar, y me ha enviado sus órdenes; su hija, la hermosa Celanira, que como tú sabes, habita el castillo de Reinstald hace un mes, ha hecho preparar una funcion para celebrar tan plausible dia.

Ped. Bien se puede alegrar... qué enfado para una señorita como esa vivir asi sola en un castillo!... y en verdad que se murmura en el lugar sobre eso...

Frantz. Está bien, calla: no te se pregunta nada.

Ped. No te se pregunta nada, no te se pregunta

nada... Vaya! mire usted como me trata.

Vase á sentar en un banco al lado de la casa, y se divierte con la trompetilla de Beatriz.

Frantz. De ese modo tendremos una gran funcion en el castillo.

Rag. En el castillo no; el punto de reunion para la caza es esta granja.

Frantz. Aquí?

Rag. Aqui mismo. La Princesa me ha encargado que te lo prevenga, y ella misma quiere venir.

Frantz. Es menester hacer los preparativos..... Vamos, Perico, corriendo... Cómo haré para recibir á S. A.?

Ped. Es muy singular que mi (1) abuela oiga todo lo que se le dice con esto. Como que tengo dificultad en creerlo.

Frantz. Es menester avisar á los aldeanos, adornar la granja, arreglar el jardin; que todo esto muestre que... Perico... Tardarán mucho?

Rag. Pienso que sí.

Ped. Si yo pudiera hablarme un poco al oido... (2)

Frantz. Con qué cachaza está ese necio. Te moverás al fin para hacer lo que te digo?

Ped. Aqui me tiene usted, padre; (3) es que estoy mirando... Es muy gracioso ésto... Señor Ragotzi, me hace usted el favor de decirme dos palabras al oido con este embudo?

Frantz. Qué paciencia es menester!

Ped. Quisiera saber qué efecto hace esto en el oido; señor Ragotzi, por el amor de Dios...

1 *Sin escucharle.* 2 *Siempre aparte.*
3 *Levantándose muy lentamente.*

Rag. Muy bien... acércate.
Ped. Qué bonito debe ser!... Eh! ya escucho. (1)
Rag. Eres un tonto, Perico. (2)
Ped. Ay, ay, ay! que me ha vuelto sordo, que me ha quebrado el tímpano. .. qué bruto.
Rag. Habrá tonto semejante! (*riyéndose*)
Frantz. Me alegro; te está bien empleado. Ahora escucha, es menester que avises á todos los mozos del lugar, y los traigas aqui para festejar á S. A. el Elector.
Ped. Es posible que S. A venga á casa? ay cómo me alegro; voy corriendo á avisarlos á todos.... Pero antes me permitirá usted almorzar.
Frantz. Sí; pero acaba pronto: avisa á mi madre, y trae algo á Ragotzi, que sin duda querrá echar un trago.
Ped. Y tambien dos. Voy á buscarlo. [3]

ESCENA IV.

RAGOTZI Y FRANTZ.

Frantz. Me alegro infinito que S. A. venga à Rheinstald; ese viaje me procurará el placer de abrazar á mi querido Julio.
Rag. Tu hijo?.... no hay duda que acompañará al duque. Sabes que S. A. le quiere mucho?
Frantz. Y quién no le querrá? Julio tiene tan buenas prendas, tantas virtudes....
Rag. Oh! en eso no hay duda; él es el jóven mas perfecto del mundo. Buen corazon, mu-

1 *Se acerca á Ragotzi.*
2 *Gritando con toda su fuerza.*
3 *Entra en la casa.*

cho juicio, y sobre todo valiente como un Cesar... En un dia de batalla es cuando hay que verle: voto à brios que se porta como... Sin embargo, de algun tiempo à esta parte noto en él una grande mudanza: No lo has reparado tú? Mira, hablando entre nosotros, me parece que está enamorado...

Frantz. Enamorado! Y de quién?

Rag. Y es correspondido.

Frantz. Y de quién, te digo?

Rag. De quién? adivina.

Frantz. Qué sé yo.

Rag. De la hermosa Celanira.

Fran. *con espanto*. De la hija del Elector!

Rag. De la misma. Desde que Julio entró en la guardia del Elector; y sobre todo, desde que habiendo salvado la vida de ese Príncipe, se ha hecho acreedor á su reconocimiento, ha tenido proporcion de visitar á Celanira, y no ha podido verla sin quedar prendado de ella.

Fran. Será posible! Estàs cierto de lo que dices?

Rag. Yo lo he visto.

Frantz. Infeliz Julio.

Rag. Ten confianza, Frantz; el Príncipe sabe bien apreciar el talento para no hacer infeliz á tan interesante jóven.

Fran. Cuántas desgracias le aguardan! Ragotzi, puedo fiarme de tí? Julio no es hijo mio.

Rag Ya yo lo sospechaba: notaba en él demasiado talento para que tú fueses su padre. Pero vamos, de quién es hijo?

Frantz. De un hombre proscrito por el duque, é infamado por el...

Rag. Qué dices?

Fran. Quién? aquel hombre de bieu, ministro del duque, que fue acusado de traicion, condenado á muerte, que pudo al fin escaparse, y de quien no se ha oido hablar hace mas de veinte años?

Frantz Le conociste tú?

Rag. Bastante para compadecerle, de no haber podido confundir á sus acusadores.

Frantz Pues bien; Julio es hijo suyo.

Rag. Julio su hijo!

Fran. El fue mi amo; yo le debia todo. Cuando fue proscrito me confió su hijo, y desapareció, sin que jamas se haya sabido su paradero.

Rag Julio hi(o del condo Geraldo!... Tanto mejor, voto á brios: y no le has revelado el secreto de su nacimiento?

Frantz. Aun no.

Rag. Pues es menester hacerlo. Es menester que Julio defienda con el duque la causa de su padre, que haga conocer su inocencia. Pocos dias me quedan de vida; mas la mitad de ellos diera de buena gana por ver al honrado Geraldo triunfar de sus enemigos.

ESCENA V.

DICHOS Y PEDRO.

Ped. Papá, aquí tiene usted el almuerzo.

Frantz. Està muy bien. Vamos, Ragotzi, toma un bocado.

Rag Con mucho gusto: mas despachemos pronto, que me quedan aun muchas cosas que hacer.

Ped. Sin duda, papá, habrá usted notado que he tardado mucho tiempo.

Comiendo una gran rebanada de pan.

Frantz Como siempre. Eres tan pesado en todo!

Ped. Mi abuela tiene la culpa por haberme detenido en disputas. Creerá usted que me ha estado sosteniendo que el hombre de la Selva negra es hombre de bien?

Frantz. Quién sabe!

Ped. Cómo se entiende! un vagamundo, un tunante, que no hace mas que correr por el bosque, metiendo miedo á todo el género humano, con aquella barba tan negra y horrorosa, y aquella cara de renegado?

Frantz. Qué ruido es ese?

Ped. Es una visita, papá (*mirando á dentro*)

Frantz. Quién será?

Ped. Es mi hermano Julio sobre un caballo muy guapo, y acompañado de otros tres señores.

Rag. Y quiénes son los que le acompañan?

Ped. Son tres personas, de las cuales hay dos que no conozco, y otra cuyo nombre ignoro.

Rag. Ese es tu hijo.

Ped. No sé decirles á ustedes quienes son las dos que no conozco; pero la persona cuyo nombre ignoro, es aquel Señor que acompaña siempre á S. A. y que es tan mal encarado.

Rag. Es el conde Herman.

Frantz. El enemigo del conde Geraldo? Amigo Ragotzi, silencio acerca del secreto que te he confiado. (*ap.*)

Rag. No te dé cuidado.

Ped. Ya está aquí el señor que viene con Julio.

los demas se han quedado á cuidar de los caballos.

ESCENA VI.

DICHOS, JULIO Y HERMAN.

Jul. Padre mio. [*Echándose en los brazos de Frantz.*

Frantz. Querido Julio.

Rag. Mi general, á las órdenes de V. E.

Jul. Buenos dias, valiente Ragotzi. Vos perdonad señor conde.

Herm. Que mi presencia no altere el placer de veros; mi corazon se regocija en tan dulce espectáculo.

Rag. No os esperábamos tan pronto.

Jul. Precedemos al duque, y el señor conde trae órdenes de S. A.

Herm. Frantz, el duque llegará pronto. Aquí es donde quiere abrazar á su hija: que los habitantes de Rheinstald reunidos por vos se preparen á ofrecerle sus obsequios.

Ped. Ah! eso me toca á mí.

Herm. Vos, Ragotzi, haced poner la guarnicion sobre las armas. La Selva negra, segun dicen, está infestada de vandidos, y es preciso que S. A. lleve una escolta suficiente para ponerle á cubierto de sus atentados.

Rag. Contad, señor, con mi zelo.

Herm. Vos, Julio, saldreis al encuentro de la Princesa, y la conducireis aquí: tambien cuidareis de la egecucion de las órdenes de S. A. espero de vuestro zelo que no omitireis nada de lo que pueda complacerla.

Jul. Voy á disponerlo todo, y creed que haré cuanto esté de mi parte para mostrarme digno

de los beneficios que S A. me ha dispensado.

Rag. A mas ver, amigo Frantz; voy al castillo á reunir mi tropa.

Ped. Aguarde usted, señor Ragotzi: voy corriendo á juntar todos los mozos y mozas del lugar, y... yá, yá, verá usted.

Jul. A Dios querido padre, pronto nos volveremos á ver. (*Julio sube al castillo, Ragotzi y Pedro salen por el fondo.*

Herm. Vos, Frantz, quedaos; tengo que hablaros.

ESCENA VII.

FRANZ Y HERMAN.

Herm. Frantz estuvo en otro tiempo al servicio del conde Geraldo; puede sacarme de mi incertidumbre; es preciso preguntarle si... (*ap*)

Frantz. Qué me querrá? (*ap*).

Herm. Estamos solos? Acercaos, Frantz, y respondedme con franqueza, habeis estado al servicio del conde Geraldo?

Frantz. Veinte años, señor. Dónde irá esto á parar? (*ap.*)

Herm. En qué época le dejasteis?

Frantz. Cuando sus infames calumniadores consiguieron perder á ese hombre respetable, é hicieron proscribir su cabeza.

Herm. Sus infames calumniadores decís? Luego vos le creeis inocente?

Frantz. Respondo de ello con mi vida.

Herm. Sin embargo habia pruebas...

Frantz. Sus enemigos las habian fraguado.

Herm. Sus enemigos?

Frantz. Sin duda. Cual es el hombre poderoso que no los tiene?

Herm. Mas qué motivo?..

Frantz. Era hombre de bien. Los perversos le temian, y no pudiendo hacerle cómplice de sus crímenes, resolvieron su pérdida Esta es la costumbre.

Herm. Queriéndole tanto me admiro que no le hayais acompañado cuando se espatrió.

Frantz. Ya sabeis que tuvo que huir precipitadamente para evitar el suplicio que le preparaban; yo ignoraba, é ignoro aun el sitio de su residencia.

Herm. Pues qué nada habeis sabido de él despues de tanto tiempo?

Frantz. Nada absolutamente.

Herm. Sin embargo, me han asegurado que está de vuelta, y no muy lejos de estos sitios.

Frantz. Os han engañado; sus enemigos aun existen, y él no ignora que su muerte seria cierta si cayese en sus manos.

Herm. Basta: decidme, habeis oido hablar de un hombre, que hace un mes está en la Selva negra, y cuyo feroz semblante y vestidos llenos de andrajos infunden espanto á todos los que le encuentran?

Frantz. Sí señor; los habitantes de este pueblo y de los lugares comarcanos le llaman el hombre de la Selva negra. Varias veces le han sorprendido á la entrada de esta aldea, y ha estado á pique de ser preso; mas siempre ha tenido la dicha de escaparse de manos de los que han ido en su alcance.

Herm. Está solo?

Frantz. No hace mucho tiempo que le han visto acompañado de otro miserable como él, por lo demas no hace daño á nadie; y aunque varios aldeanos han sido asaltados por él, solo ha exigido de ellos algunos alimentos para aplacar el hambre que le atormentaba.

Herm. Es un vandido: tres de mis criados han sido asesinados por él y sus cómplices; pero no tardarán mucho en recibir el castigo que sus delitos merecen. Mas decidme, Frantz, al tiempo de su proscripcion no tenia Geraldo un hijo aun muy niño?

Frantz. Sí, señor conde.

Herm. Qué se ha hecho de él?

Frantz. Lo ignoro.

Herm. Qué edad vendria à tener ahora?

Frantz. Veinte y dos á veinte y tres años.

Herm. No es esa la edad de vuestro hijo?

Frantz. Oh! no, señor conde, Pedro tiene ya mas de veinte y cinco años.

Herm. No es ese de quien yo os hablo, es de Julio.

Frantz. Julio!... ah... sí, señor conde, esa vendrá á ser la edad de Julio. Pero el duque no puede tardar mucho .. con vuestro permiso, señor conde, voy á preparar lo que es menester á su recibimiento. Perdonadme si os dejo; tengo muchas cosas que hacer.

Herm. Id en hora buena.

Frantz. Cuál será su intento? tiemblo por Julio.

Entra en la casa.

ESCENA VIII.

HERMAN Y FRITZEN que entra un poco tarde en la escena.

Herm. No me he engañado; todas mis conjeturas son verdaderas. La confusion de Frantz me ha revelado el secreto del nacimiento de Julio: es hijo de Geraldo, no hay duda, y tan aborrecible á mis ojos como lo era su padre... Ah! Fritzen, en qué estado está lo que te he encargado?

Fritz. Ya vuestras órdenas están egecutadas.

Herm. Has hablado á los hombres que necesito?

Fritz. Los mas propios para vuestro intento; son aquellos mismos Bohemios que ya habeis empleado poco tiempo ha contra Zimeraf, vuestro antiguo criado.

Herm. Poca confianza tengo en ellos: no han podido librarme de ese miserable, y mientras viva estaré con recelo. Su muerte es necesaria á mi seguridad: él me sirvió de instrumento para perder al conde Geraldo; y como astuto y atrevido, es capaz de emprender cualquiera cosa para vengarse de mí: he encargado á esos Bohemios le diesen muerte; pero tres han perecido á sus manos, y uno solo ha escapado, y se le ha hallado moribundo á la entrada de la Selva: por él se ha sabido que Zimeraf habia sido socorrido por el hombre de la Selva negra.

Fritz. Esta vez iran en mayor número, y el éxito es seguro. He aconsejado al Gefe de la cuadrilla hiciese entrar en la confidencia á los mas valientes y determinados de toda su gente.

Herm. Qué has hecho, Fritzen? no conoces que la menor indiscrecion nos puede perder?

Fritz. No os dé cuidado; el secreto no se descubrirá: solo los encargados de la egecucion tienen alguna noticia de él, y es gente de confianza. Los he inducido á que asistan á la fiesta, á fin de que su estancia en este parage no infunda sospechas, y toda la cuadrilla se hallará en ella: todo está dispuesto, solo falta qué me señaleis la víctima.

Herm. Es... (1) Es el Elector.

Fritz. Ya me lo habia yo imaginado.

Todo á media voz.

Herm. Durante la caza, enmedio de las rùinas, cerca del torrente... Si logro mi intento me sobran secuaces que coloquen la corona Electoral sobre mi cabeza: si la empresa sale mal, me será fácil imputar el crímen al hombre de la Selva negra. Vuelve á unirte con tus gentes; que mientras me esperan pongan todo su conato en apoderarse de Zimeraf: que esta vez no escape á mi venganza. Este dia ha de ser el último de mis contrarios, y el primero de mi gloria. Yo voy á salir al encuentro del Elector.

Herman se vá por el pie del collado, y Fritzen por el camino que conduce al bosque: Frantz se vuelve á la escena y observa la marcha de dichos.

1 *Mirando á todas partes por ver si le escuchan.*

ESCENA IX.

FRANTZ SOLO.

Frantz. Al fin ya se ha marchado... que cruel tormento me ha hecho pasar... Acaso tendrá sospechas del nacimiento de Julio?... las preguntas que me ha hecho... lo que me ha dicho del regreso de mi amo. Dios mio! Si fuese cierto que el conde Geraldo está de vuelta en su patria... permitidme le pague los beneficios que me ha hecho: disponed de mi vida, mas conservad la suya. Ah! ya estás aquí, Pedro?

Sale Pedro. Sí señor.

ESCENA X.

FRANTZ, PEDRO Y BOHEMIOS de los dos sexos.

Frantz. Pues es menester que acompañes á tu abuela que quiere absolutamente volverse á su casa.

Ped. Cómo es eso? acompañar á mi abuela? y con quién mas?

Frantz. Pues que no eres bastante?

Ped. Yo solo, está usted en su juicio, padre? no hace usted reflexion que la casa de mi abuela está en medio de la Selva negra?

Fran. Y que tenemos con eso? pasarás por ella.

Ped. Qué dice usted, padre? Pedro pasar por la Selva negra! no tal; Pedro se halla muy bien aquí, y Pedro se quedará, porque à Pedro no le dà la gana...

Frantz. Quieres desobedecerme?

Ped. Oh, no, no. Pero ya vé usted si me encuentro con el hombre de la Selva negra...

Frantz. Qué te ha de hacer?

Ped. Nada, por vida mia, nada, me basta verle para morirme de miedo.

Frantz Vamos, acompaña á tu abuela.

Sacándola.

Ped. Cómo, papá? Con qué vá de veras?

Frantz. Seguramente; vamos.

Ped. Ay! Dios mio, qué desgraciado soy!

Beat. Ven, ven, queridito mio; en casa te daré yo buenas manzanas y peras.

Ped. Sí, para manzanas y peras estoy yo: mas quiero morirme de hambre que de miedo.

Se oye á lo lejos una marcha militar.

Frantz. La princesa sale del castillo. Anda, Pedro, y no te diviertas en el camino; vuelve pronto.

Ped. Sí, buenas diversiones son!

Empieza á verse en lo alto de la montaña por el camino que conduce al castillo, el acompañamiento de Celanira Pedro y Beatriz se van por el camino que conduce á la selva. Acompañan á Celanira damas en trage de cazadoras, y los oficiales de la guarnicion. Julio conduce por la mano á Celanira. Al entrar la Princesa en el teatro, se inclinan respetuosamente los Aldeanos y Bohemios.

ESCENA XI.

Frantz, Celanira, Julio, Ragotzi, Damas que acompañan á la princesa, Aldeanos y Bohemios de los dos sexos: Ragotzi al frente de la marcha.

Rag. Alto, frente.

Cel. Amigos mios, cuánto me agrada el celo que mostrais en prevenir mis deseos!

Jul. Nada teneis que agradecerlos, señora. Quién de todos los que aquí estamos no dará hasta la última gota de su sangre por vuestro augusto padre, y por vos?

Rag. No ves como la mira? (*ap. á Frantz.*)

Frantz. Ya... ya veo.

Cel. Vuestro lenguage, Julio, no me sorprende, y creed que nunca olvidaré lo que debo al libertador de mi padre.

Rag. El libertador de su padre, eso, eso es.

Fran. (*á Cel.*) Permitid, señora, que esta buena gente se disponga á obsequiar á S. A. Amigos, id á mi jardin, arrasadlo todo, cojed las mas hermosas flores, haced con ellas ramos, guirnaldas y coronas, traedias todas aquí, y aguardad las órdenes de la princesa.

Todos. Sí, Frantz, allá vamos.

Frantz. Id corriendo... Ah! esperad que os abra la puerta.

Abre la reja, y hace salir á los aldeanos.

Rag. Muchachos, colocaos sobre esas (1) peñas; tened cuidado de avisarnos cuando S. A. llegue; y sobre todo atencion á lo que os tengo mandado; aun no son mas que (2) reclutas; mas con el tiempo y mis lecciones se harán unos buenos soldados. Desfilad por la izquierda: marchen. (3) La cabeza alta, el pecho

1 *A los soldados.* 2 *A Frantz.*

3 *Los soldados desfilan, y se colocan sobre las peñas al fondo del teatro, les dice cuando van pasando.*

adelante. Son ustedes sordos?... voto á tal!...

Cel. Con dulzura, Ragotzi.

Rag. Dulzura? con las damas siempre, con los reclutas nunca.

Jul. La princesa os lo suplica.

Rag. Eso es diferente; mi general, obedezco: escucha Frantz.

Le lleva al fondo del teatro; Julio y Celanira quedan solos en el teatro.

Cel. Qué teneis, Julio, que os veo pensativo? pues cómo en el instante en que el cielo nos reune?...

Jul. Reunirnos; oh! si fuera cierto!

Cel. Cómo, qué decis? pensais dejar estos paises?

Jul. Tengo precision de hablaros sin testigos. Mi corazon se parte de dolor! (*aparte.*)

Cel. No os entiendo! qué es lo que ha podido alterar la tranquilidad de vuestra alma?

Jul. Los remordimientos.

Cel. Los remordimientos! Los criminales solo deben tenerlos; siempre serán agenos en nuestros corazones; de qué tenemos que acusarnos? Arrastrados por una pasion irresistible hemos dejado un momento de ser virtuosos? Abandonad esos temores, Julio; ya lo sabeis; dotada de una fuerza de carácter no comun en mi sexo; mis resoluciones son invariables: yo os amo y vos me amais, si no puedo ser vuestra, yo no seré de otro.

Jul Esperanza lisonjera!

Cel. Pero el sitio no nos es favorable para continuar nuestra conversacion; durante la caza estad en las ruinas del castillo de sekèntem,

cerca de la casa de Beatriz. Yo iré á buscaros solo acompañada de Ragotzi.

Jul. Ah! Señora, tantas bondades llenan mi alma de consuelo: creed que toda mi vida será consagrada á manifestaros mi gratitud.

Cel. Gratitud, ah! Julio, otro afecto mas vivo; el amor es lo que debo esperar de vos.

Los Soldados puestos sobre las peñas gritan. S. A. llega.

Rag. y Frantz. Ya está aquí el príncipe.

Cel. Dónde están los aldeanos?

Frantz Voy á hacerlos venir.

Jul. Permitid, señora, que salga al encuentro de S. A.

Cel. Id con Dios, Julio.

Jul. En las ruinas durante la caza? (*inclinánd.*)

Cel. No faltaré.

Julio se vá, Frantz se queda en el teatro.

ESCENA XII.

Frantz. Ya está todo dispuesto.

Rag. Soldados, atencion, presenten las armas. *Sube sobre la primera cima del monte.*

Los diversos pelotones se reunen y forman dos filas que ocupan la falda del monte.

Los tambores tocan, los soldados ponen las armas al hombro; el Elector entra en el teatro por el pie del collado, acompañado de Julio, de Herman y de varios oficiales y señores de su corte. Vá precedido de su guardia: en el momento en que pasa la puerta todos los aldeanos y bohemios entran en la escena, y se

colocan en grupos á cada lado del teatro, con guirnaldas y otras flores. Su hija se echa en sus brazos: las voces de viva el Elector se hacen oir de todas partes.

ESCENA XIII.

EL ELECTOR, HERMAN, JULIO, CELANIRA, FRANTZ, RAGCIZI, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO DEL PRINCIPE Y DE LA PRINCESA, ALDEANOS Y BOHEMIOS.

Todos. Viva el Elector.

Cel. Padre mio!

Elect. Hija mia. Amigos mios, estoy muy agradecido á las pruebas de amor que me dais, y formando vuestra felicidad es como quiero merecerlas: Frantz, yo os doy las gracias por el buen acogimiento que recibo en vuestra casa, y no puedo daros una prueba mayor de mi reconocimiento que hablándoos de vuestro hijo; es el mas valiente de mis soldados, y el mas fiel de mis vasallos. Yo le debo todas las victorias que he obtenido sobre los enemigos; le debo la vida; y cada dia se hace mas acreedor á mi reconocimiento. Amad á vuestro hijo, Frantz, él será la honra de su padre.

Frantz. Oh! Príncipe mio! estoy confundido de las bondades de V. A. para con mi querido Julio: en verdad que ya no me atrevo á nombrarle mi hijo. (*aparte.*)

Elect. Mi querida Celanira, la guerra está terminada; mi corte va á recobrar su antiguo esplendor, y quiero que tú seas el mejor ornamento en ella. Muchos Príncipes poderosos

hay que pretenden tu mano, y desde luego exijo que hagas eleccion de uno de ellos.

Jul. Gran Dios!

Cel. Ya os lo he dicho, padre mio; la felicidad de vivir á vuestro lado es la única á que aspiro. Y solo daré mi mano á el que posea mi corazon. (*mirando á Julio.*)

Herm. V. A. ha podido notar la turbacion de Julio? (*aparte al Elector.*)

Elect. Bien la he visto. Celanira, pronto sabrás mi voluntad, y cuento con tu obediencia.

Jul. Ah! qué tormento!

Rag. Señor, estas buenas gentes aguardan el permiso de V. A. para empezar la funcion.

Elect. Pues que empiecen.

Dá la mano á su hija, y se sientan los dos en dos sillas que les habrán preparado: la fiesta empieza, y todo acaba por un cuadro general. Aquí se puede poner un baile que realce el todo de la fiesta conforme á las circunstancias, tanto de los actores como de la pieza.

ESCENA XIV.

LOS PRECEDENTES, Y PEDRO *saliendo de la selva, y bajando de la montaña con precipitacion y miedo.*

Elect. Qué ruido es ese?

Todos. Es Pedro.

Frantz. Pedro!

Ped. Oh Dios mio, Dios mio! Ah padre mio! Ah señor!

Rag. Veamos qué tiene ese gran majadero.

Frant. Qué te ha sucedido!

Ped. Ah! el hombre de la Selva negra... Eran lo menos mas de cincuenta...

Rag. Cincuenta!

Ped. Por lo menos; sin embargo yo no he visto mas de dos: ellos querian embestirme de improviso, y venian deslizándose paso á pasito por entre las breñas del monte... Así de este modo. Ah Dios mio! qué miedo... la sangre se me hiela.

Aquí aparecen Geraldo y Zimeraf sobre el último plano de la selva, que debe ser en este sitio muy espesa. Desaparecen por detras del castillo.

Herm. Te han acometido?

Ped. Sin duda; ellos querian nada menos que dejarme en cueros; pero yo que corro como un gamo cuando tengo miedo, así lo he hecho, y estoy aquí.

Herm. Ya os lo he dicho, señor, es una reunion de bandidos que es preciso esterminar antes que en mayor número puedan destruir, ó sobresaltar esta provincia.

Elect. Vasallos mios, quinientos florines de recompensa ofrezco al que me haga dueño de uno de esos bandidos.

Bohem. Quinientos florines?

Elect. Marchemos. (*todos se ponen en marcha.*)

Cel. Dentro de una hora me hallaré á la cita.

Jul. Cómo? (*hablan aparte*)

Cel. Silencio.

El príncipe y su acompañamiento suben por la senda adornada de árboles que conduce al bosque; Celanira, sus damas y Ragotzi con un peloton de guardias toman el camino que guia al

castillo. Los aldeanos y bohemios siguen á la princesa: Frantz y Pedro quedan solos en la escena.

ESCENA XV.

PEDRO Y FRANTZ.

Frant. No sé que causa interior me mueve à compadecer la suerte de ese infeliz.

Ped. Usted le tiene lástima? pues yo no se la tengo; me ha dado demasiado miedo para compadecerle.

Frantz. He! procura callar, y déjame en paz. *Se sienta en el banco, y se pone á reflexionar.*

Ped. Habráse visto jamas mozo mas desgraciado que yo, y á quien se trate con tanto menosprecio? Todos están hoy contra mí. El hombre de la Selva negra por aquí, mi padre por allá, y hasta el viejo Ragotzi que tambien quiere meter su cucharada. Dios mio! no quieren perdonarme el tener miedo como si no tuviese de que. Haber visto al hombre de la Selva negra! á ese demonio de hombre! se me figura verle aun con aquella barba negra, aquellos ojos tan espantados, aquellas narices de gavilan... Allí le veo, allí... me está enseñando los dientes, y...

Durante esta escena, Geraldo y Zimeraf habrán dejado los árboles, tras de los cuales se habian escondido para dejar pasar la tropa del Elector, bajan con mucha precaucion, y se hallan en el teatro al fin del diálogo de Pedro; Zimeraf se le pone delante, y Geraldo se halla cerca de Frantz.

ESCENA XVI.

GERALDO, ZIMERAF, FRANTZ Y PEDRO.

Ped. Hay vírgen santísima, amparadme; él es, él es.

Zim. Chito.... estate aquí.

Deteniéndole al momento en que quiere huir.

Frant. Qué es eso? cielos, qué veo? *Viendo á Geraldo retrocede lleno de espanto.*)

Ger. Frantz. (*acercándose*)

Frant. Quién sois? qué quereis de mi?

Ger. No me conoces, Frantz?

Frant. Cielos! qué voz escucho!

Ger. Veinte años de infortunios habrán mudado tanto mis facciones? (*Acercándose mas.*)

Frant. No será ilusion! Sois vos?....

Ger. Geraldo. (*con voz baja.*)

Frant. Oh amo mio! (*echándose á sus pies.*)

Ger. Silencio. (*tapándole la boca.*)

Ped. Por Dios no me hagais daño.

Zim. Quieto te digo.

Ger. Ten cuidado de no nombrarme; ese hombre ignora aun quien yo soy. (*bajo.*)

Frant. Ese hombre?

Ger. Sí: la gratitud le ha unido á mi; yo le he salvado la vida; mas no he tenido por conveniente darme á conocer.

Frant. Querido amo, ved que os pueden reconocer aquí y prenderos.... Vuestro enemigo vive aun, y goza de mas poder que nunca: entrad en mi casa.

Ger. No, Frantz; quiero quedarme aquí, que me será mas fácil escapar en caso de sorpresa; fuera de eso, Burker tendrá cuidado de exa-

minar si viene gente: mas qué jóven es ese?

Frant. Es mi hijo.

Ger. Haz que se retire un momento.

Frant Pedro?

Ped. Qué quiere usted padre?

Frant. Entrate en casa.

Ped. Y quiere usted que le deje con estos dos picarones?

Frant. Qué dices?

Geraldo hace un gesto de indignacion.

Ped. Perdone usted, padre, no tengo el honor de conocer á estos dos señores... Pero tienen una cara, una traza... Y temo por usted.

Fran. No te dé cuidado... nada tengo que temer.

Ped. Papá mio...

Frant. Vamos, haz lo que te digo, entra sin mas tardar. (*encierra á Pedro en la casa.*)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, MENOS PEDRO

Ger. Ten cuidado. (*á Zimeraf.*)

Zim. Fiaos de mi que tengo buenos ojos.

Se retira al fondo del teatro.

Ger. Ah querido Frantz! amigo, sácame de mi cruel incertidumbre .. mi hijo...

Frantz. Vuestro hijo vive.

Ger. Mi hijo vive?

Frant. Sí, vive: es Julio: ha salvado la vida de su Príncipe, ha libertado al estado, y es ahora general de las tropas del Elector.

Ger. Julio, ah! cien veces la fama de su gloria ha llegado á mis oidos. Le admiraba sin conocerle; mas hoy me vanaglorio de llamarle mi

hijo: bien lo sabes, justo Dios! despues de veinte años de persecuciones y de infortunios solo he conservado mi triste vida con la esperanza de ver y abrazar algun dia á ese querido hijo; por él solo me he atrevido á volver á un pais donde mi cabeza está proscripta, donde cada momento puede ser el último de mi vida. La fatiga, la miseria, los peligros, que á cada paso renacian, la muerte misma, todo, todo lo he arrostrado para llegar al sitio en que él está... Llego y hallo á mi hijo lleno de virtudes y de gloria; alabado y querido de todos. Ah! olvido que he sido veinte años el hombre mas infeliz de todos, pensando en que soy el mas afortunado de los padres. Pero dime, Frantz, dónde está?

Frantz. Aquí.

Ger. Aquí?

Franz. Asiste á la caza que el duque hace hoy en el bosque.

Ger. Tan cerca de mi? Ah! ven, Frantz, quiero verle, abrazarle.

Franz. Esperad: vuestra pérdida será infalible; esta batida no es mas que un pretesto para reconocer la selva. El conde Herman ha persuadido al Elector que habia en ella una reunion de sediciosos. En el dia de hoy no omitirán medio alguno para asegurarse de vuestra persona; y vuestro hijo mismo ha jurado entregaros al Elector.

Ger. Cruel destino! mi hijo armado contra mi?

Frant. Amo mio; ya que he tenido la felicidad de encontraros, permitidme que todo lo

arriesgue por conservar vuestra vida. Si os volveis á la Selva, no podeis evitar de caer en manos de los soldados que os buscan por todas partes. Quedaos en esta granja; yo juro sacrificar mi vida por libraros de vuestros perseguidores.

Ger. No, no debo aceptar tus ofertas; no quiero comprometer tu seguridad. He encontrado en las ruinas del castillo de Sekentem un asilo impenetrable.... pero.... idea espantosa.... si me veo forzado á defender mi vida, si mi mano por desdicha se armase contra mi propio hijo...

Fran. Yo tengo un medio de evitar esa desgracia. Tomad este retrato... es un regalo de Julio.

Ger. Su retratò! ah, dámele... dámele... amigo mio, tú que estás unido á mis infortunios, ven, y participa de mi felicidad: mi hijo existe.

Zim. Te doy la enhorabuena.

Ger. He aquí su libertador.

Zim. Eres un escelente hombre, y seremos amigos; y en prueba de ello dame la mano. (*á Fr.*)

Ped. Me han encerrado los picarones! oh, si yo pudiera salir callandito sin ser visto de nadie!

Aparte desde la ventana, y empieza á bajar.

Zim. El me ha salvado la vida, y yo he jurado consagrar la mia en su obsequio.

Ped. Vamos á buscar los mozos de la granja. (*v.*)

Zim. Amigo, creeme, no estamos aquí muy seguros: volvámonos á nuestro asilo.

Ger. Tienes razon, volvámos. A-Dios, Frantz; si esta noche mi hijo estuviese en tu casa...

Frant. Sí, él vendrá.

Ger. Ah! mi querido Frantz!

Zim. A Dios, hombre honrado. Eres su amigo? tambien lo serás mio; vámos.

Los dos abrazan á Frantz: durante este tiempo Pedro entra muy despacio en la escena con mozos de la granja, todos armados de garrotes y horquillas de coger paja.

ESCENA XVIII.

DICHOS, PEDRO Y ALDEANOS.

Ped. Allí están los picarones, agarradlos.

Zim. Muerte y furor; nos han vendido.

Ger. Gran Dios!

Frant. Pedro ha sido! ah desdichado!

Ped. Agarradlos: esos son los bandidos de la Selva negra.

Ger. Miserable!

Zim. Al primero que se mueva le abraso las entrañas. (*les presenta dos pistolas.*)

Frant. Deteneos, desgraciados. Amigos mios, no lo creais, yo conozco á estos dos hombres, es gente honrada, dejadlos que se vayan.

Aldean. No, no: son los bandidos, bien los conocemos.

Ped. Apartaos padre, que voy á disponer el tiro.

Zim. Huyamos.

Cubiertos del cuerpo de Frantz Geraldo y Zimeraf aciertan á escaparse siempre con las pistolas apuntadas contra los Aldeanos, y pasan rápidamente la montaña. Pedro dispara su fusil al aire, y va á caer de miedo á la puerta de la granja, tocan á arrebato, y al ruido de la campana los Aldeanos y Boemios acuden y cubren la montaña.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un soto espeso en el centro de la Selva negra. Los árboles y malezas esparcidos por el fondo del teatro forman de él un asilo impenetrable. Al otro lado del soto se vé una cordillera de peñas, un torrente cuyas orillas están cubiertas de cañas; un puente arruinado y de un solo arco atraviesa el torrente. Delante de la escena, á la derecha de los espectadores, hay una casa con una puerta y un respiradero colocado un poco oblicuamente. A la izquierda se verán las ruinas de un castillo antiguo. Enfrente del público una ventana grande de arquitectura gótica, por la que se verá el interior del castillo. El lienzo de muralla donde estará la ventana, conduce á una larga galería de ventanas en ogite, que van á encontrarse oblicuamente á la caida del puente; todos los vidrios de las ventanas estarán rotos. Por debajo de la galería, varios arcos dejan apercibirse las ruinas y el fondo del teatro. Al fin de la galería habrá una escalera antigua que sale á la Selva, y una puerta baja estará abierta entre los arcos y el lienzo de la ventana grande.

ESCENA PRIMERA.

ZIMERAF Y GERALDO.

Al levantar el telon se oirá un ruido de caza. Geraldo y Zimeraf entran en la escena con precipitacion, y como que los vienen siguiendo.

Ger. Nos persiguen.

Zim. Ocultémonos entre estas peñas.

Luego que se habrán escondido suena parte de la gente de la caza, que atravesará por el fondo del teatro, y desaparecerá al momento.

Zim. Ya se han alejado! Felizmente hemos conseguido hacer que nos pierdan de vista. Hemos cometido una grande imprudencia en ir á la granja de Frantz; jamás hubiera yo consentido en dar este paso sin el deseo que tú manifestabas de saber si tu hijo aun existe.

Ger. Te arrepientes de haberme acompañado?

Zim Quién, yo? mal me conoces. (*con entereza.*)

Ger. Ah! no, perdona: yo creo que en esta parte de la Selva, nuestro refugio ordinario, es donde estaremos con mas seguridad. El sonido de la trompa, y el ruido de la caza que se oye á lo lejos me confirman en esta idea. Pero ya las fuerzas me faltan; estoy rendido del cansancio.

Zim Y yo muerto de hambre. Esa buena muger que nos trae todos los dias entre las ruinas las provisiones, no ha parecido aun. La hemos encontrado en la Selva con ese gran majadero que echó á correr cuando te vió acercarte á él para preguntarle si Frantz estaba en su casa, y ella espantada con los gritos de ese cobarde se fue por otro lado. Es menester ser mas prudentes otra vez para que no nos sorprendan.

Ger. Sin duda. Frantz me ha dicho que esta caza no es mas que un pretesto que el du-

que ha tomado para descubrirnos.

Zim. Hola! yo temo menos al duque que al conde Herman su primer ministro.

Ger. El conde Herman? el autor de todos mis males? aclaremos este misterio. (*ap.*) Hace un mes que estamos juntos, y nos socorrémos mútuamente; tal vez hubiéramos podido aliviar nuestras penas confiándolas uno á otro. Yo ignoro los motivos que como á mi, te han obligado á esconderte en esta Selva.

Zim. No es por no creerte digno de mi confianza. Tú me has salvado la vida; estoy persuadido que eres hombre de bien, y por esta misma razon no te cuento mis aventuras.

Ger. Pues por qué?

Zim Porque veriais en mí el mayor pícaro del mundo.

Ger. Qué lenguage! Hasta hoy, á pesar de que aun no te conozco, te he permitido en mi compañía; pero ahora exijo una pronta esplicacion de tu suerte. Piensa que entre la muerte y la infamia, el hombre que tienes presente jamás ha titubeado.

Zim. Tu cólera no me admira: consiento en darte la esplicacion que pides. Sin embargo, antes de todo te ratifico de nuevo que estoy dispuesto á sacrificarme en tu servicio; y que espondré mil veces mi vida por conservar la tuya.

Ger. No lo dudo: y creo que eres digno de mi estimacion: mas el honor te manda que hables.

Zim. Desde luego: olvida la idea que mi trage ha podido inspirarte. Yo no soy un ladron salteador de caminos; y sí uno de los muchos

pícaros refinados é intrigantes que se agregan á los poderosos, y que están siempre dispuestos á seguir el partido mas dominante: falsos amigos, aduladores infames, lisonjeros serviles que todo lo sacrifican á su ambicion, y no se abochornan de ninguna bajeza cuando ven en ello su interés; que desconocen en la adversidad á los hombres que infamemente han adulado en la opulencia. En una palabra, he sido el confidente y el agente de un señor muy rico: yo no me llamo Burker, mi verdadero nombre es Zimeraf.

Ger. Zimeraf! este nombre no me es desconocido: has estado al servicio del conde Herman?

Zim. Sí; he sido mucho tiempo su caballerizo mayor; despues me retiré á una pequeña alquería, hasta que volví á la corte llamado por él, para ser instrumento de las persecuciones contra el conde Geraldo; sugeto que yo no conocia, ni conozco, mas que por la fama de sus virtudes.

Ger. Miserable!

Zim. Le has conocido tú?

Ger. Oh! mucho.

Zim. Escucha. Herman ambicionaba la dignidad que el conde Geraldo ocupaba: y conociendo mi talento para una refinada intriga, me hizo venir, lo repito, de la alquería donde me hallaba, proponiéndome fraguar una falsa correspondencia para que Geraldo perdiese el concepto del Príncipe. Yo no me determinaba á emprender el plan de su destruccion, porque como la persona de Geraldo me era descono-

cida, por consiguiente ignoraba cual era su carácter; me encontraba indeciso; pero Herman pagaba bien, yo era amigo del oro, y por fin me resolví y manejé el infernal proyecto. Estos ardides vergonzosos tuvieron para Herman el resultado que deseaba, pues conseguí (sin que jamás me avistase con Geraldo) embolverle, y proscribirle.

Ger. Lo sé: Geraldo fue acusado de inteligencias secretas con el duque de Babiera, citado ante un tribunal presidido por el mismo Herman á quièn todos los jueces se habian vendido. La voz de la verdad fue sofocada, y el desgraciado Geraldo condenado á muerte iba à perecer sobre un infame cadalso, si una pronta fuga no le hubiese libertado del furor de sus enemigos.

Zim. Ufano de mis sucesos, yo creia recibir el premio de mis servicios, mas me engañé. Los políticos tienen por costumbre agasajár y recompensar à los hombres mientras los necesitan; pero sacrificarlos á su seguridad luego que les son inútiles ó peligrosos. Asi hizo Herman conmigo.

Ger. Él quiso perderte?

Zim. Sí; pero las habia con un hombre mas diestro que él. Descubrí su intento, y me fugué llevando conmigo una parte de los papeles que certificaban su crímen contra Geraldo.

Ger. Gran Dios! los tienes aun?

Zim. Siempre: y para arrancarlos de mis manos es para lo que Herman trabaja y me persigue tanto. Sin embargo, he tenido la dicha de es-

capar de la muerte que veinte veces han intentado darme sus satélites. Yo animado del deseo de la venganza me decidí á partir para la corte del Elector. Pasando por esta Selva fuí acometido por cuatro asesinos pagados por Herman. Ya habia dado la muerte á uno de ellos; pero fatigado iba al fin á ser víctima de los otros cuando llegando tú en mi socorro, y dejando muertos dos de los que quedaban, me salvaste la vida, que desde entonces está eternamente consagrada en tu servicio.

Ger. Asi pues, Zimeraf, has vuelto enteramente al camino de la virtud, y tu intento es descubrir los crímenes de ese monstruo tu perseguidor.

Zim. Yo te lo juro; y no viviré contento hasta rehabilitar la memoria del conde Geraldo.

Ger. Dios clemente! Yo te doy las gracias.

Zim Qué quieres decir?

Ger. Que puedes reparar todas tus maldades.

Zim. Cómo? de qué manera? Sabes dónde pára el conde Geraldo?

Ger. Delante de tí está.

Zim Vos!... Desgraciado de mí! Yo que apreciaba tanto vuestra amistad, ahora me veo privado de ella para siempre. Qué puedo ser á vuestros ojos sino un monstruo, que debeis despreciar y aborrecer?

Ger. Tu arrepentimiento me hace olvidarlo todo. Pero las pruebas del crímen de Herman donde las tienes?

Zim. Entre esas ruinas; al pie de la estátua que está á la entrada del castillo, debajo de una piedra. Allí las encontrareis.

Ger. Voy á buscarlas.

Zim. En ellas vereis cuan culpable soy; pero cualquiera que sean los sentimientos que su lectura os inspire, yo os lo juro, pereceré, ó repararé los males que os he causado... Tendreis cuidado de dejar los papeles conforme los halleis.

Ger. Pronto estaré de vuelta. (*Métese en las ruin.*)

ESCENA II.

ZIMERAF SOLO.

Zim. Hombre respetable! Sí; Zimeraf te vengará de tu cruel perseguidor. Doy gracias à la suerte porque me ha unido contigo. A la verdad siento en mí una alegría, una emocion... Vamos, nunca hubiera creido que se esperimentase tanto placer en ser hombre de bien (1). Gente se acerca. Son los bohemios: Herman los acompaña; ocultémonos á ver á lo que vienen. (*Se oculta detras de la pequeña puerta de las ruinas.*

ESCENA III.

ZIMERAF oculto entre las ruinas; HERMAN, y un gefe de bohemios, y los bohemios armados, bajan misteriosamente al teatro mirando por todas partes si alguno los vé.

Her. Esta galería gótica... estas ruinas... el sitio... todo es favorable; aquí es donde yo conduciré al Elector.

1 *Herman y los bohemios aparecen mas allá del puente al fondo del teatro.*

Gef Y es aquí donde debemos asesinarle?

Zim. Asesinarle? (*aparte.*)

Herm. Sí ; asi que yo haya dejado á Rodulfo en este sitio, saldreis, y este torrente sepultará hasta el menor indicio de su muerte.

Zim. Malvado!

Her. Evitad solamente el serviros de armas de fuego; yo tendré cuidado de alejar las guardias del Príncipe, mas no puedo prometeros de colocarlas á una distancia suficiente para que el ruido no llegue hasta ellas. Tomad bien vuestras medidas, y juzgad por lo importante de esta empresa el précio que os aguarda si salís bien con ella.

Gef. Dentro de una hora ya no existirá.

Zim. Eso lo veremos. (*aparte.*)

Herm. En esta casa habita una muger anciana que no puede oponeros ninguna resistencia; sin embargo, para evitar una sorpresa convendria que alguno de vosotros penetre en ella por la puerta que sale al camino de Menhim.

Gef. Eso no será muy dificil. Ya conocemos á esa muger.

Herm. Cuento con vuestro celo, amigos mios, retiraos detras de esas peñas, y aguardad en silencio el momento en que debeis inmolar á mi enemigo (1) Ah, me olvidaba: no habeis vuelto á ver á ese Zimeraf que se os ha escapado?

Zim. Hola! eso va conmigo; veamos lo que dicen. (*aparte.*)

1 *Los bohemios se disponen á irse, Herman los detiene.*

Gef No señor.

Her. Yo sé que de algun tiempo á esta parte anda por esta Selva: aun sospecho que se esconde en esas ruinas.

Zim. Y no te engañas. (*aparte.*)

Herm. Si le encontrais, que su muerte sea el garante de mi seguridad.

Zim. Muchas gracias. (*aparte.*)

Gef. Estad seguro que si le encontramos no se nos escapará.

Zim. Aun podrá ser que sí. (*aparte.*)

Herm. Gente se acerca, separémonos. Dentro de una hora me hallaré aquí sin falta.

Zim Y yo tambien. (*aparte.*)

Los bohemios se retiran misteriosamente por los matorrales.

ESCENA IV.

PEDRO Y ZIMERAF *que sigue oculto.*

Ped. Perdóneme usted, señor.

Zim. Este es Pedro. (*aparte.*)

Ped. Qué traerá el señor conde con los bohemios tan temprano por aquí? En verdad que yo estoy mas muerto que vivo. Mi padre me ha dejado á la entrada de la Selva, y se ha ido yo no sé dónde, á fin de hablar con Julio. Paréceme que quiere su merced pasar aquí todo el dia, pues me ha cargado de esta cesta toda llena de cosas de comer.

Zim. Provisiones? tanto mejor, porque tengo una hambre que me devora. (*aparte.*)

Ped. Válgame Dios, qué miedo he tenido durante mi viaje! Estoy tan aturdido con las his-

torias de esta mañana, que creia que los árboles y las peñas eran el hombre de la Selva negra.

Zim. Haya tonto! (*sale poco á poco.*)

Ped. Ha llegado á punto que por no estarme solo mas tiempo, he querido mejor venir por aquí, que ir á entrar por la puerta que dá al camino real. Y quién tiene la culpa de todo? ese demonio de hombre de la Selva negra.... Oh! qué ganas le tengo. Esta mañana mi padre fue la causa de que no le cogiesen; pero si otra vez le encuentro no se me escapará.

Al decir estas últimas palabras se acerca para llamar á la puerta. Zimeraf pasa por debajo de su brazo, y se encuentra cara á cara con él.

Zim. Escucha.

Ped. Ay, ay! Dios mio, amparadme.

Zim. No grites.

Ped. Bien quisiera, pero mi miedo es tanto que no puedo contenerme.

Zim. Que traes ahí?

Ped. Nada, señor, nada, friolerillas.

Zim. Veamos. . hay vino?

Tomando lo que encuentra en la cesta, y comiendo con ansia.

Ped. Si señor, y de lo bueno.

Zim. Pues échame de beber.

Ped. Yo, señor!

Zim. Sí, tú; vamos, pronto.

Ped. Tome usted.

Zim. Mas; el vaso lleno; basta ahora; asi lo quiero yo.

Ped. Dios mio, qué hombre! como bebe, y como come!

Zim. A tu salud.
Ped. Gracias, gracias: no te se volviera veneno.
Zim. Tú eres hijo de Frantz? (*siempre comiendo*)
Ped. Si señor, soy hijo de mi padre y de mi madre.
Zim. Tienen en tí un gran bruto.
Ped. Asi lo dicen todos.
Zim. Pero tu padre es un hombre honrado; él es el que nos ha salvado esta mañana cuando tú quisiste hacernos prender. Miserable!
Ped. Oh! no os enfadeis por eso: yo soy tan bestia....
Zim. Toma, ahora tapa la botella.
Ped. No hay para qué, si està vacía.
Zim. Qué dices?
Ped. Nada, señor, nada.

ESCENA V.

DICHOS Y GERALDO *saliendo de entre las ruinas*
Ped. Estoy perdido, aquí está el otro.
Zim. Y bien!
Ger. Sí, amigo mio; tú eres mi libertador.
Zim Tengo muchas cosas que deciros. El infame Herman medita nuevo atentado: la vida del duque está en gran peligro. (*alejándose de Pedro*)
Ger. Gran Dios!
Zim. Y aquí es donde el crímen se debe cometer.
Ger. Es preciso impedir la egecucion de un crimen tan horrendo: Zimeraf, en nombre de la amistad que me profesas te ruego encarecidamente me ayudes á salvar al Elector.
Zim. Olvidais que os proscribió para siempre injustamente?

Ger. No importa, la venganza no cabe en mi corazon.

Zim. Admiro tu magnanimidad; puedes dispouer de mi. (*Pedro se quiere ir.*)

Ped. Si yo pudiera escaparme!

Zim. Eh! quieto ahí.

Ger. Dime, está tu padre en la granja? (*á Ped.*)

Ped. No señor: él va á venir aquí.

Ger. A pesar de los peligros que nos rodean, quiero ver á mi hijo. Puedo contar con tu amistad? Retirémonos. (1) Cuidado con decir á persona alguna (2) nuestra conversacion. La existencia de tu padre, la tuya propia penden de tu silencio.

Zim. Si dices una sola palabra de lo que has oido, yo tomo á mi cargo el cuidado de corregirte de tu indiscrecion. Vamos. Aguarda para llamar que yo te lo permita.

A Pedro que tiene ya la cuerda de la campanilla agarrada. Geraldo y Zimeraf se alejan. Pedro quedará sobre el umbral de la puerta lleno de miedo. Zimeraf y Geraldo suben la escalera y entran en la galería: dice aquel á Pedro, desde la ventana que está enfrente del público.

Zim. Ahora te lo permito: llama. (*se esconden.*]

ESCENA VI.

BEDRO, FRANTZ Y BEATRIZ.

Ped. Favor, socorro, auxilio... Ah Dios mio! mi querida abuela! (*llama gritando.*)

1 *Aparte á Zimeraf.* 2 *A Pedro.*

Beat. Y bien: qué tienes, hijo mio, que está tan espantado?

Ped. No hay que estrañar que lo esté: imagínese usted que acabo de ser acometido.

Frantz. Acometido! y por quién?

Ped. Calla! Papá, esta usted ya aquí! ha tomado usted el otro camino? Es lástima que no haya usted venido por éste, hubiera usted encontrado á ese bribon de la Selva negra.

Frantz. Yo te prohibo de hablar jamás á nadie de ese infeliz, ni de usar de palabras...

Ped. Cómo quiere usted que yo no diga mal de un hombre que me roba, que me maltrata, y que hace mil iniquidades conmigo? Si son esos los amigos de usted, yo os doy mil enhorabuenas: son muy buenos sugetos.

Beat. Qué dices, hombre?

Ped. Que me ha estropeado.

Beat. El te ha maltratado? mentira, es un hombre de bien; yo lo conozco.

Ped. Bien creo que usted le conoce pues la ha robado á usted de mis brazos esta mañana. Y lo que mas me asombra es que usted no ha hecho ninguna resistencia. Jamás hubiera yo creido eso de mi abuela.

Beat. Veamos que es lo que traes ahí.

Ped. Ya se lo habrá dicho á usted mi padre. Yo le traia á usted una empanada.

Beat. Una empanada?

Ped. Y otras cosas de masa muy ricas, como pasteles...

Beat. Que me place.

Ped. E igualmente buen vino.

Beat. Y dónde esta todo eso? á ver?

Ped. Todo está comido y bebido.

Frant. Cómo es eso? goloso! te has comido....

Ped. Aguarde usted, padre, que no he sido yo, es vuestro protegido; vuestro hombre de bien.

Frant. El desgraciado, sin duda estenuado de hambre...

Ped. Pues él se ha confortado muy bien á espensas mias.

Beat. Hijo, allí veo un caballero que baja por entre las ruinas y las peñas: me parece que es mi querido Julio. (*Durante esta escena ha ido al fondo del teatro.*)

Frant. Su venida me alegra el corazon.

Ped. A fe mia: sí, él es; cosa estraña para una sorda: mi abuela tiene buena vista.

ESCENA VII.

DICHOS Y JULIO.

Beat. Al fin tengo el gusto de verte, querido Julio: cómo estás?

Jul Muy bien, querida madre: y vos?

Ped. Oh! su merced tambien; sino es este. Ya no hay tímpano. (*señalando al oido.*)

Frant. Me alegro que hayas venido: he sabido cosas muy importantes sobre las cuales tengo necesidad de hablarte. Madre, hágame usted el favor de dejarnos un momento solos.

Beat. Está muy bien; hijo, á Dios: hasta luego, querido Julio. Pedro, acompaña á tu abuela.

ESCENA VIII.

FRANTZ Y JULIO

Frant. Escucha, Julio: tu padre necesita de tu

asistencia, y pienso que no se la negarás.

Jul. O! no, jamás: disponed de mi; yo juro hacer todo lo que me mandeis.

Frant. Acepto tu palabra. Desde que habitas la corte habrás sin duda oido hablar de las desgracias de un ministro que fue proscripto veinte años ha.

Jul. Del conde Geraldo?

Frant. Sí.

Jul. He oido hablar frecuentemente de él al duque.

Fran. Pues por ese desgraciado imploro tu favor.

Jul. Cómo, padre? vos quereis que yo me valga del favor que mis servicios me han adquirido con el duque para defender á un traidor, un criminal?

Frant. Julio, si dijesen que tu padre habia sustraido un depósito confiado á su fé, qué habia violado los deberes mas sagrados, lo creerias tú? No sentirias en tu corazon una voz secreta que te escitaria á defender el autor de tus dias de una afrentosa acusacion?

Jul. Podeis dudar de ello, padre mio?

Frant. Acabas de pronunciar la justificacion del conde Geraldo; es inocente; yo se lo aseguro á mi hijo Julio. Yo suplico al hijo de mi amo que le favorezca.

Jul. Esplicaos, señor.

Frantz. Ese desdichado tan injustamente condenado, es vuestro padre.

Jul. Mi padre?

Frant. Jamás he tenido otro cuidado que el de dirigir vuestra juventud, y salvaros del furor

de los enemigos de vuestra familia.

Jul. Gran Dios! Geraldo es mi padre? y quién fué su enemigo?

Frant. Herman.

Jul. Ah! lo creo al horror insuperable que siempre ese traidor me ha inspirado. Pero mi padre es desgraciado: tiene necesidad de mi, y debo acudir á su socorro. Adónde está?

Frant. No lejos de aquí. En...

Celanira aparece en el puente, y Ragotzi la acompaña.

Jul. Aquí viene la princesa.

Frant. A qué ocasion!

Jul. Me prometió venir á hablarme secretamente en este parage.

Frant. Otra vez seguiremos nuestra conversacion. Sobre todo no confiad á nadie el secreto de vuestro nacimiento, sin que lo consienta vuestro pádre. Me lo prometeis, señor!

Jul. No me deis ese título, Frantz; llamadme siempre Julio; vuestro querido Julio. (*con viv.*)

ESCENA XI.

JULIO, CELANIRA, FRANTZ Y RAGOTZI.

Jul. Ah! señora, á cuantos peligros os esponeis con vuestra venida.

Cel. Yo no falto jamas á mi palabra: pero qué teneis; Julio? Si la tristeza impresa en vuestro rostro me habia inquietado cuando os ví en casa de Frantz, juzgad de mi dolor viendoos ahora tan alterado.

Jul. Ah! señora, no podeis creer el cruel tormento que despedaza mi corazon.

Frant. Ya se lo he dicho todo. (*á Ragotzi.*)

Rag. Has hecho bien, voto á brios.

Frant. No señora, la caza parece dirigirse hácia el otro lado de la Selva.

Cel. Podemos estar aquí sin recelo?

Rag. Frantz, tengo calor.

Frant. Entra en casa á refrescarte.

Rag. Si V. A. tiene alguna cosa que mandarme ahi estoy en el recibimiento. A la primera seña me tendrá pronto.

Frant. Vamos.

Rag. Me ocurre un pensamiento: para evitar toda sorpresa harás bien de poner á tu hijo de centinela.

Frant. Tienes razon; los enamorados tienen poca precaucion, y es preciso tenerla con ellos. Pedro, Pedro.

Ped. Qué manda usted, padre?

Frant. Ponte sobre esas peñas, y avísanos si alguno llega por ese lado.

Ped. Está muy bien, padre.

Pedro sube por entre las rocas y desaparece. Frantz y Ragotzi entran en la casa.

ESCENA X.

JULIO Y CELANIRA.

Cel. Ya estamos solos, Julio: hacedme confianza de los males que os oprimen. Habladme sin temor. Acaso mi padre ha descubierto nuestro amor?

Jul. No señora, el único consuelo que me queda en mi infortunio es saber que vuestra tran-

quilidad esta segura.

Cel. Julio, qué misterio...

Jul. Señora, es preciso separarnos para siempre.

Cel. Separarnos!

Jul. Mi nacimiento es un obstáculo insuperable...

Cel. Y qué importa la obscuridad de vuestro orígen? Solas vuestras virtudes han sido causa de mi amor, y el que nace del trato es el mas seguro y constante de todos.

Jul. Pero vuestro padre!

Cel. Podrá mi padre vituperarme? Aquel á quien yo amo es quien le ha salvado su vida, y libertado el palatinado: y tengo la vanidad de creer que mi mano es el único precio digno de vuestras victorias.

Jul. Ah! Señora, la obscuridad que envilecia mi nacimiento es la que ahora me veis llorar. La suerte que incesantemente me persigue, me ha hecho saber que debo el ser á parientes ilustres, enemigos de vuestra casa. Si señora: Frantz, el que yo creia mi padre, ha sido solamente el depositario de mi juventud. Yo debo la vida á un hombre que fue en otro tiempo amigo de vuestro padre, y el ídolo de este pais; pero acusado por sus enemigos al Elector, este príncipe engañado proscribió su cabeza, y le juró un odio eterno.

Cel. Gran Dios! Y cuál es el nombre de vuestro padre?

Jul. Permitidme que lo oculte; pronto os lo podré decir. Perdonad....

Cel. Julio, si deseaba saber vuestro secreto solo era con el objeto de poderos ser útil. Creed,

amigo mio, que si las lágrimas y las súplicas de Celanira pueden algo con su padre.

Jul. La seguridad de vuestro amor hace renacer la esperanza en mi pecho. No, jamás seré infeliz mientras posea el corazon de Celanira.

Ped. Gente viene, gente viene. El Elector, el conde Herman, toda la caza se dirige hácia aquí. (*Gritando desde el puente.*)

Jul. y Cel. Cielos!

ESCENA XI.

DICHOS, RAGOTZI Y FRANTZ.

Rag Huyamos, señora, huyamos.

Jul. Ya es imposible, cómo evitaremos ser vistos por el Elector y los de su comitiva.

Rag. El solo medio es que entreis en esa casa, y salgais por la otra puerta.

Jul. Ya se acercan.

Cel. Salvadme, Frantz.

Frantz. Tranquilizaos.

Jul. A Dios, mi querida Celanira.

Frant. Entrad pronto.

Celanira entra en la casa, Frantz, Ragotzi y Pedro la siguen, Julio se queda en la escena.

Jul. Oh Dios! velad sobre Celanira.

El Elector, Herman y todos los cazadores pasan el puente y bajan al teatro.

ESCENA XII.

EL ELECTOR, HERMAN, FRITZEN Y ACOMPAÑAMIENTO.

Elect. Descansemos un momento; este sitio es hermoso, y yo agradezco á Herman de ha-

berme conducido á él. Vos aquí, Julio? mucho os habeis alejado de nosotros.

Jul. Es verdad señor: no habia visto á la buena Beatriz desde mi llegada á Reinstald, y he aprovechado esta feliz ocasion.

Elect. Muy bien. Herman, yo descansaré aqui algunos momentos; advertirlo á los de mi comitiva.

Herm. Voy, señor; permitidme colocar vuestras guardias en todas las sendas que conducen á este monte.

Elect. Por qué?

Herm. Si los bandidos que perseguimos hallasen medio de llegar hasta vos!... Ah! Señor, esta idea me hace estremecer... por Dios, no espongais vuestros preciosos dias.

Elect. Consiento en ello: espero que vuestro celo tomará todas las precauciones necesarias.

Herm. Mi triunfo es cierto. (*ap.*)

Elect. Quedaos, Julio, tengo necesidad de hablaros un momento.

Jul Obedezco, señor.

Herm. Avisa á nuestra gente. (*á Fritzen.*)

Fritz. El general se queda.

Herm. Perezcan los dos. Voy á alejar las guardias. Soldados, seguidme.

Herman subè con los soldados por el costado del monte, Fritzen por entre las rocas que están mas acá del puente.

ESCENA XIII.

EL ELECTOR Y JULIO.

Elect. Tengo que encargaros una comision im-

portante; á vos solo puedo confiarla. Vuestros servicios, vuestro amor á mi persona os hacen digno de la preferencia que os concedo.

Jul. Hablad, señor, y contad con mi obediencia.

Elect. El duque de Baviera me pide la mano de Celanira....

Jul. Gran Dios! (*ap.*)

Elect. Esta alianza me es ventajosa, y puede poner un término á los debates que ha tanto dividen este príncipe y mi casa, y he resuelto concluirla.

Jul. Perdonad, señor: y creeis que vuestra hija consienta en ello?

Elect. Aunque su corazon hubiere sido capaz de un amor indiscreto, Celanira no vacilara en renunciar á él asi que yo se lo mande Este himeneo debe hacerse. Vos conducireis á la princesa á la corte de Baviera.

Jul. Yo, señor! Ah! por favor, dispensadme....

Elect. Julio, habeis olvidado lo que debeis á vuestro Príncipe? quereis destruir la felicidad de mi hija y la mia? Ah, qué caros me vendeis vuestros servicios!

Jul. Señor, soy incapaz de una traicion. Despues de haberos salvado la vida, no procuraré sumergiros en la tristeza y la desolacion. Os lo confieso, el amor que me inspiró vuestra augusta hija, fue superior á mis fuerzas. En vano procuré resistir; él ha triunfado de cuantos obstàculos le he opuesto. El honor, el respeto que yo debia á vuestra familia me precisaban á abandonar estos parages: no titubeé un momento en tomar tan cruel resolucion. En-

tonces fue cuando echándome á los pies de V. A. le supliqué me diera su consentimiento para aceptar el mando que S. M. I. me ofrecia en sus egércitos. Vos me negasteis esa gracia á pesar de mis reiteradas solicitudes. Ese era el único medio... aun es tiempo todavía. Permitidme, señor, que me aleje para siempre de vuestros dominios, que mi partida disipe todas vuestras inquietudes; olvídeme Celanira, conserve yo vuestra estimacion, y moriré contento.

Elect. Está bien: á Dios, Julio; me siento cansado; voy á entrar en esa casa para descansar algunos momentos.

Jul. En esa casa! Cielos! Si Celanira no ha tenido tiempo de volver al castillo! (*ap.*)

Julio bajo de sanos pretestos procura detener al príncipe; este le asegura de nuevo su amistad; los bohemios aparecen en el fondo del teatro, se aproximan con mucho silencio en número de cuatro.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS Y LOS BOHEMIOS.

Gefe. Él es.

Jul. Qué veo! estamos rodeados de asesinos.

Gefe. Nos han visto, acometámoslos.

Elect. Hola guardias? Hola?

Gefe. No te oyen: y nadie puede librarte de la muerte.

Jul. Miserables!

Los bohemios se precipitan sobre el Elector. Julio desarma á uno que se fuga, cubre al prin-

cipe con su cuerpo, y los dos se defienden contra los tres bandidos. De repente la puerta de la cabaña se abre. Sale Celanira, ve el peligro de su padre, dá un grito, toma el sable del bohemio desarmado, y se echa sobre uno de los que atacaban al Elector.

Cel. Asesinos! temblad.

Despues de un combate muy reñido llegan otros cuatro bohemios. El duque está á punto de perecer cuando Zimeraf y Geraldo aparecen por la ventana que está frente del público.

Ger. y Zim. Deteneos, asesinos.

Disparan sus pistolas y matan dos bohemios.

Gefe. Gente viene en su socorro, huyamos.

Se escapan por las ruinas, Herman entra en la escena armado de dos pistolas y seguido de las guardias del Elector. El príncipe cae en los brazos de su hija. Frantz y Ragotzi entran en la escena.

Herm. Se esconden en las ruinas; seguidles, y haced fuego sobre todos los que encontreis.

Los soldados entran en las ruinas, la bayoneta calada.

Zim. y Ger. Es Herman, huyamos.

Huyen entre las ruinas.

ESCENA XV.

HERMAN, ELECTOR, CELANIRA, JULIO, RAGOTZI, *y parte de las guardias.*

Herm. (*ap.*) No he logrado mi intento = Cuántas gracias tengo que dar al cielo por haberme conducido á estos sitios en tan buena ocasion para salvaros la vida!

Elect. Qué decís! Conde Herman, es á vos á quien debo la vida? Los tiros que han hecho huir á esos asesinos....

Herm. Yo soy, señor, quien ha tenido la dicha de llegar á tiempo que ibais á ser víctima de esos miserables.

Elect. Creed que jamás olvidaré....

Cel. Ah! padre mio, retiraos al castillo: yo temo que esos malvados logren al fin la egecucion de sus abominables designios.

Jul. Señor, permitid que os escolte con una parte de vuestras guardias hasta pasar las montañas que dominan esos parages; luego volveré á recorrer esas ruinas y limpiar la selva de los bandidos que la infestan.

Elect. Consiento en ello. Herman, Julio, no perdoneis ningun medio para prenderlos, y que su suplicio sea escarmiento á sus semejantes. Celanira, sígueme: yo no creia encontrarte aquí. Veremos qué disculpa tienes para un paso tan imprndente.

Cel. Padre mio...

Elect. Volvamos á Rehinstald.

Vase por el fondo del teatro con Julio, Celanira, Ragotzi y parte de las guardias.

ESCENA XVI.

HERMAN, FRANTZ Y LUEGO PEDRO.

Herm. (*ap.*) En fin se ha libertado de mi furor.

Ped. Se ha acabado la matanza? (*saliendo.*)

Herm. Pedro, conoces esas ruinas?

Ped. Oh! sin duda que las conozco: no hay rin-

con por pequeño que sea que no haya recorrido veinte veces.

Herm. Pues bien, ven conmigo, me servirás de guia.

Ped. De guia yo? no señor; no puedo: os enseñaré el camino desde lejos.

Herm. Obedece.

Ped. Vos lo quereis, pues bien, yo iré de guia: pero si me matan vos tendreis la culpa.

Herm. Sígueme.

Entra en las ruinas, Pedro se mete entre las guardias que le hacen entrar por fuerza.

ESCENA XVII.

FRANTZ Y BEATRIZ.

Frant. Ese infeliz Pedro será la causa de la desgracia de Geraldo.

Beat. Ah! Dios mio, Dios mio! que acontecimiento tan imprevisto! Los bohemios, unos asesinos! Frantz, tú te has batido con ellos?

Frant. Si señora, querian impedirnos ir al socorro del príncipe que trataban de asesinar.

Beat. Qué maldad! Vírgen Santa!

Frant. (*ap.*) Si Geraldo cae en poder de Herman su pérdida es cierta. Cuánto siento no haber tenido tiempo de hacer saber á Julio que ese infeliz que persiguen, y cuya muerte ha jurado él mismo, es su padre! Gran Dios, pobre Geraldo!

Oyese una descarga de fusiles dentro de las ruinas, Geraldo y Zimeraf salen huyendo de entre las ruinas en el mayor desórden.

Beat. Ahí están, ahí están. (*tapándose los oidos.*)

Frantz. Querido amo!

Ger. Somos perdidos: nuestro asilo ha sido descubierto, nos es imposible escapar.

Zim. Algunos enviaré al otro mundo antes de caer en sus manos.

Frantz. Entrad conmigo. Yo procuraré libraros de su furor.

Zim. Amigo mio, salva al conde. Yo me quedaré aquí entre estas peñas. Herman está al frente de sus satélites, y si Geraldo es descubierto, al menos nuestro odioso perseguidor no se escapará á mi venganza.

Ger. Qué, tú quieres...

Zim. Que se acercan, escondeos.

Frantz. Venid, señor, venid.

Ger. Me fio en tu amistad.

Frantz y Geraldo entran en la casa.

Zim. Dios mio! tú á quien por tanto tiempo he ofendido, escucha mis ruegos: perezca yo, pero salva la vida á ese ilustre desventurado. Frantz, Frantz, y el conde?

Frantz. La fuga es imposible: la casa está cercada por todos lados. Pero el conde está seguro allí en esa cueva.

Zimeraf se esconde entre las peñas.

ESCENA XIX.

ZIMERAF *oculto*: HERMAN, PEDRO *y guardias salen por las ruinas.*

Ped. Padre, usted debe haber visto salir al hombre de la Selva.

Frantz. He oido los tiros dentro de las ruinas; pero no he visto pasar á nadie.

Herm. Frantz, quereis engañarme; mas todos vuestros esfuerzos son inútiles. Soldados, registrad esa casa. Entremos todos, que estoy seguro que le encontraremos. (*Pedro y los soldados en la casa.*

Zim. Oh Dios!

Ped. Estamos ciertos que está en la cueva; pero mi abuela no tiene la llave.

Herm. Echad la puerta al suelo.

Ped. Oh! el bribon ahora me pagará todas las que me ha hecho. (*entrando.*)

Her. Al fin está en mi poder. (*regocijado.*)

Así que Pedro haya entrado en la casa y los soldados, se oirán en ella los culatazos, Zimeraf saldrá de entre las peñas, se precipitará sobre Herman poniéndole dos pistolas al pecho.

Zim. Herman, si hablas una palabra te hago pedazos.

Herm. Zimearf!

Zim. No me aguardabas, eh? Frantz, haz que se aleje Geraldo.

Frantz se quita su faja, y echa la punta por el respiradero de la cueva para que salga Geral.

Frantz. Señor, salvaos.

Herm. Cómo osais en mi presencia?...

Zim. Sí; vas á ver al hombre á quien persigues, y de quien eres el verdugo, escaparse de tus persecuciones sin que puedas impedir su libertad.

Herm. Miserable!

Zim. Si das un paso te envio al otro mundo!

En este momento Geraldo saldrá por el respiradero, y viendo á Herman hace un movimiento de horror.

Ger. Cielos, Herman!

Her. Oh furor!

Zim Huye, Geraldo. A Dios, Herman; hubiera podido quitarte la vida en venganza de los males que me has hecho; pero aun no es tiempo.

Zimeraf y Geraldo vuelven á subir el teatro por el puente, y son detenidos.

Herm. La rabia me ahoga.

Ped El pájaro ya voló, y nosotros estamos encerrados, padre! (*sacando la cabeza por el respiradero.*

Herm. Frantz, abrid esa puerta.

Frantz. No puedo, señor.

Herm. Abrid la puerta os digo, ó al momento la hago pedazos.

Frantz. Ya se han alejado. Obedezco ahora.

Abre la puerta Frantz, los guardias salen con precipitacion de la casa; y al mismo tiempo Julio viene por detrás con un destacamento de soldados, y corta la retirada á Geraldo y Zimer.

Jul. Deteneos, miserables!

Viendo que Geraldo se ha parado en el puente.

Zim. Volvamos atrás.

Frantz. Desgraciado! él mismo vá á entregar á su padre.

Geraldo y Zimeraf perseguidos por Julio procuran meterse entre las ruinas. Los soldados de Herman les cierran el camino. Julio baja rápidamente al puente.

Jul. Rendios, malvados, ó la muerte....

Zim. Tú eres quien la vas á recibir.

Julio quiere arrojarse sobre Geraldo, Zimeraf le presenta una pistola, y vá á descargarla. Geraldo reconoce á su hijo, y detiene á Zimeraf gritando.

Ger. Qué haces, Zimeraf? ese es mi hijo.

Zim. Tu hijo?

Ger. Sí, Julio, yo soy el desgraciado conde Geraldo tu padre.

Jul. Cielos! mi padre. (*arrojándose á sus pies.*)

Herm Mis sospechas eran fundadas.

Ger. Hijo mio, mi querido Julio! Cuánto he deseado este feliz momento. En fin, monstruo, eres dueño de mi persona; tu triunfo aun no es cierto: mi hijo será mí defensor con el Príncipe; el cielo ayudará sus generosos esfuerzos: mi inocencia será reconocida, y tu Soberano se avergonzará de haberte dado por tanto tiempo su confianza. Ya no será delante de jueces corrompidos, sino delante del Elector, donde me será permitido justificarme, y la verdad confundirá á la mentira y la perfidia.

Her. General, ya sabeis las órdenes del Elector.

Julio. Bien las sé, conde Herman, y no penseis quiera substraer á mi padre de su severidad. Cierto de su inocencia, yo mismo le voy á conducir delante de S. A. No olvideis vos tampoco que es mi prisionero, y que yo solo soy quien debe responder de su persona. Pensad en fin, que él es mi padre, y que el menor ultraje será lavado en la sangre de su perseguidor.

Zim. Herman, yo soy tu prisionero, ya nos veremos.

Herm. El Elector pronunciará: guardias, aprisionad á Frantz y su hijo Pedro.

Los guardias se llevan á Zimeraf, Frantz y Pedro. Julio al frente de las guardias conduce á su padre. Beatriz quiere salir de la cabaña, dos soldados se lo impiden.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el interior del castillo de Reinstald. El fondo está cerrado con tres bóvedas hechas en forma de arcos, y cerradas con rejas, de entre las cuales se descubre la plaza de armas y el castillo. Encima de los arcos habrá un terraplen con una torrecilla, cuya puerta saldrá al terrado. En la parte anterior de la escena, á la derecha de los actores, la habitacion de Ragotzi; á la izquierda una torre con una puerta; y al mismo lado otra puerta pequeña que dá al campo; delante de la habitacion de Ragotzi habrá una garita.

La escena será de noche

ESCENA PRIMERA.

PEDRO Y FRANTZ *estarán en la puerta anterior de la escena; Ragotzi saldrá de la torre de la derecha seguido de un destacamento de soldados, y se alejará por debajo de los arcos. Al mismo instante otro destacamento pasará por encima de la arcada, y otros muchos se descubrirán en la plaza de armas por entre las rejas, y Ragotzi que entra por la grande y cierra la reja.*

Rag Y bien, pobre Frantz.

Frant. Y bien, amigo Ragotzi.

Rag. Esto va malo.

Frant. No hay esperanza ninguna?

Rag. Bien poca.

Ped. Somos perdidos.

Frant. Qué? el Elector...

Rag. Nada quiere oir.

Frant. Julio....

Rag. No ha podido verle.

Frantz. Pero la princesa?...

Rag. Nada ha obtenido de su padre.

Frant. Infeliz Geraldo!

Ped. Infeliz Pedro!

Rag. Mañana al rayar el dia Geraldo y su compañero serán trasladados á la prision de estado.

Ped. Y nosotros, señor Ragotzi, estaremos aun mucho tiempo en la cárcel?

Rag. Mucho.

Ped. Y mi abuela?

Rag. Está en casa guardada por un piquete de granaderos.

Ped. Ah, Dios mio! mi abuela sola con los granaderos, pero ella se tiene la culpa. Por qué daba de comer á esos dos tunantes, y los oculta en la cueva de su casa? A su edad yo podia dejarse de enredos.

Rag. Basta; no nos muelas con tus lamentos.

Frant. El perverso de Herman habrá hecho que no se dé oidos á la justificacion de mi pobre amo.

Rag. El malvado es capaz de todo por perder á su enemigo.

Frant. Ragotzi, yo te lo suplico, cuida bien al conde.

Rag. La princesa Celanira me ha enviado á decir que tiene que hablarme en particular; y que vá á venir aquí. (*Ap. á Frantz muy bajo.*)

Frantz. La princesa? qué es lo qué querrá?

Rag. Lo ignoro; mas será preciso, amigo Frantz,

estar solo con S. A.

Frantz. Sí, nos entraremos en tu casa.

Rag. Bien.

Fran. Te recomiendo siempre á mi querido amo.

Rag. No tengas cuidado.

Frantz y Pedro se entran en la casa, Celanira aparece á la pequeña puerta de la reja.

Cel. Ragotzi, Ragotzi. (*á media voz,*)

Rag. Ya era tiempo; aquí está la princesa. Abramos.

ESCENA II.

RAGOTZI Y CELANIRA.

Rag. Señora, estoy á vuestra obediencia.

Cel. Estamos solos, Ragotzi?

Rag. Si señora, nadie nos oye.

Cel. Este paso, sin duda, no es prudente; pero vuestra admiracion cesará luego que sepais el motivo que me conduce. Vos estais encargado de la custodia de los prisioneros?

Rag. Si señora.

Cel. Pues bien, Ragotzi: podeis hacerme un bien que os adquirirá derechos eternos á mi agradecimiento.

Rag. Hablad: yo me creeré muy dichoso en poderos servir.

Cel. Luego que supe que Julio debia el sér al conde Geraldo, el interés que tomo por el libertador de mi padre me hizo desear que el suyo fuese acusado injustamente. Julio asegura la inocencia de Geraldo. Mi padre puede haber sido engañado, y si esta suposicion es verdadera, yo me determino á hacer todo lo posible para conseguir la libertad de Geraldo, y

todos sus bienes, y para esto quiero hablarle.
Rag. Ay señora! esa resolucion es digna de la generosidad de vuestro corazon, pero temo....
Cel. Nada temais, traedlo á mi presencia.
Rag. Será preciso; ah Dios mio, que debilidad! en un mismo dia me habeis hecho faltar dos veces á mi obligacion. Ah, y qué reprension que necesito! voy á buscarle. (*entra en la torre.*)

ESCENA III.

CELANIRA, RAGOTZI Y GERADLO.

Cel. Oh Dios mio, favoréceme, haz que el padre de Julio sea digno de su hijo. (*aparte.*)
Her. Qué me quieres? (*á Ragotzi.*)
Rag. No temais nada, señor, la princesa Celanira quiere hablaros.
Her. La princesa?
Rag. Si, señor; S. A. viene á consolaros.
Her. Ah! señora, cómo he podido merecer vuestra bondad?
Cel. Ragotzi, tened cuidado de que no nos sorprendan.
Rag. Bien, bien, señora.
Se entra en el fondo detras de la reja.
Her. Señora, vos os interesais en la muerte de un desgraciado?
Cel. Sí, yo haré todos los esfuerzos imaginables por trocarla en dichosa.
Her. Qué motivo puede animaros á consolarme?
Cel. Qué motivo? el mas poderoso de todos; la seguridad de que no mereceis vuestra suerte.
Her. Jamás el crímen ha manchado mi alma. El

que me imputan es espantoso; pero mi corazon no me reprende nada, y puede hacer frente sin miedo á la calumnia.

Cel. No, no sois culpable, ni jamás lo fuisteis. Todo me lo prueba; siendo padre de Julio debeis poseer sus virtudes. Yo uniré mis súplicas á las suyas, y obtendremos vuestro perdon.

Ger. Mi perdon? no puedo ni debo aceptarlo: qué me importa la vida si he perdido el honor? Veinte años de persecuciones y de infortunios han sido el premio de los servicios hechos al estado. Vuestro padre me conocia, y sin embargo ha sospechado de mí; me ha condenado.

Cel. Geraldo!

Ger. Ah! perdonadme, señora; os he ofendido, mas sin intencion. Compadeced á un desgraciado, á quien veinte años de trabajos é infortunios tienen ulcerado el corazon. Si supierais lo que he padecido!

Cel. Oh! cuán agradable me será reparar tantas injusticias!

Ger. Es imposible: mientras Herman exista, mientras ese mónstruo posea la confianza del Elector, no puedo ser feliz. Pero habladme de mi hijo: por todas partes alaban sus virtudes, sus talentos: os lo confieso, las primeras lágrimas de alegria que he derramado desde el dia de mi desgracia, han sido oyendo sus elogios.

Cel. Por grandes que hayan sido, están muy lejos de la verdad. El Elector le debe la integridad de su territorio; y yo le debo aun mas que todos, la vida de mi padre.

Ger. Gran Dios! yo te doy las gracias.

Rag. Gente viene. (*abriendo la reja.*)

Cel. Oh cielos!

Rag. Es mi general.

Cel. Julio?

Ger. Mi hijo? Ah! señora, permitidme un solo instante....

Cel. Llegad, Julio, á los brazos de vuestro padre.

Ragotzi abre la reja, Julio se precipita en los brazos de su padre.

Jul. Padre mio!

Ger. Hijo mio! mi querido hijo!

ESCENA IV.

DICHOS Y JULIO.

Cel. Ah! Julio, la esperanza renace en mi corazon.

Jul. Padre mio! no os desanimeis. El príncipe es justo, ha podido ser engañado por un ministro criminal: mas pronto reconociendo su error os volverá á su estimacion.

Ger. Cualquiera que sea mi suerte, sé siempre fiel á tu soberano: sirve tu pais con el mismo interes; y piensa que estás obligado á tu patria antes que á tu padre.

Jul. Mi patria será el pais que vos habiteis: sino podemos probar vuestra inocencia, el duque no rehusará revocar la sentencia injusta que os condena. Este será el único premio que exigiré de mis servicios: sino lo conseguimos, abandonaremos para siempre estos paises, iremos á vivir bajo un cielo mas benéfico, y vuestro hijo consagrará todos los momentos de su vida

á haceros olvidar vuestros infortunios.

Ger. Oh hijo mio!

Cel. Separarnos, Julio? yo espero que ninguna circunstancia os obligará á ello. Mañana, los prisioneros deben ser trasladados á Menhein. Os prometo, Geraldo, conseguir que antes del dia mi padre oiga vuestra justificacion. Pero no hay ninguna prueba que aclare vuestra inocencia?

Ger. Sola una correspondencia entre mi perseguidor y uno de sus agentes.

Jul. y Cel. Oh, felicidad increible!

Ger. Mas hay una dificultad invencible para entregarla al príncipe; y es que compromete á un desgraciado á quien debo las mas grandes obligaciones.

Cel. Siendo vuestra inocencia reconocida, despues obtendremos con facilidad su gracia.

Suena la campana de la prision. Herman aparece á la reja.

ESCENA V.

DICHOS, Y HERMAN Á LA REJA.

Rag. Gente viene.

Cel. Quién será?

Jul. Silencio.

Herm. Abrid, Ragotzi. (*dentro.*)

Todos. Dios! Herman!

Cel. Retirémonos.

Jul. La correspondencia, dónde está?

Ger. En las ruinas, bajo una piedra al pie de la estátua que está á la entrada del castillo.

Jul. Voy á buscarla; pronto estaré de vuelta.

Herm. Ragotzi, Ragotzi. (*siempre á la reja.*)
Rag. Pronto, alejaos.
Jul. Pero mi padre?
Cel. Ya no puede entrar.
Jul. Qué haremos?
Rag. Entrad en esa garita; la obscuridad impedirá que os vean.
Ger. A Dios.
Jul. A Dios, querido padre.

Geraldo se esconde dentro de la garita, se va por la puerta pequeña, y Celanira por la reja pequeña.

ESCENA VI.

HERMAN, RAGOTZI, GERALDO OCULTO.

Herm. Qué teneis, pues, Ragotzi? por qué habeis tardado tanto en abrirme?
Rag. La verdad, señor, estaba en mi cuarto, y no creia que á esta hora....
Herm. Vengo á interrogar á los prisioneros.
Ger. y Rag. Somos perdidos. (*ap.*)
Herm. Y bien, no habeis entendido?
Rag. A media noche interrogar á los prisioneros?
Herm. Sí: condúceme á Geraldo.
Rag. (*ap.*) Oh Dios! qué haré? que escelente idea... El señor conde traerá sin duda una órden de S.A.
Herm. Que, no tengo yo derecho para?...
Rag. (*ap.*) Oh fortuna! = Yo os respeto, señor, sé cual es vuestro poder en la corte: sin embargo yo no puedo faltar á las órdenes recibidas.
Herm. Cómo?
Rag. El Elector me ha mandado no dejar entrar

á nadie á ver á Geraldo, sin una órden firmada de S. A.

Herm. Tal providencia me sorprende. ¿Y à Zimeraf?

Rag. Oh, eso es diferente! Es un pícaro de menor importancia: yo os lo abandono.

Herm. Conducidle luego aquí.

Rag. Allá voy, señor. De buena hemos escapado. (*aparte abriendo la puerta.*)

Entra en la prision de Zimeraf.

ESCENA VII.

HERMAN SOLO.

Herm. Si tendrá el duque alguna sospecha? por qué habrá dado esta órden? mas no tengo porque inquietarme. Esto no puede ser sino por temor de que Julio pueda hablar á su padre; sepamos descubrir mañosamente de Zimeraf todas las noticias que me son necesarias.

ESCENA VIII.

HERMAN, ZIMERAF, RAGOTZI *sobre el terrado.*

Rag. Vamos, aprisa, voto á brios. El conde Herman quiere hablarte. Allí está.

Zim. Por qué no viene á mi encierro? (*en el ter.*) à qué incomodarme en salir aquí?

Rag. Pobrecito, tiene mucha razon! interrumpir sus reflexiones! es lástima, que serán importantes.

Herm. Sí, Zimeraf, yo soy quien quiere hablarte. Ragotzi, dejadnos solos.

Rag. Bien, obedezco. = Ve aquí dos hombres de bien juntos; no nos apartemos, y cuidemos del conde Geraldo. (*ap*)

ESCENA IX.

HERMAN, ZIMERAF, GERALDO OCULTO.

Esta escena debe ser representada con mucha pausa, y á media voz; mucha ironía.

Herm. Zimeraf, sin duda estás asombrado de verme cerca de tí?

Zim. Nada de eso; es necesario hacer algun sacrificio en favor de un antiguo compañero.

Herm. Yo vengo á ofrecerte tu libertad.

Zim. No teneis, pues, otro medio de desembarazaros de mí?

Herm. Por qué suponerme tal designio?

Zim. En efecto: no tengo motivo despues de todos los buenos servicios que me habeis hecho, despues de la prision en los calabozos de Dresde, y de la muerte que habeis querido darme por cuatro asesinos pagados por vos.

Herm. Olvidemos todo lo pasado.

Zim. Sí, es lo mejor que podemos hacer.

Herm. Cuando dejaste el palatinado, teniais en tu poder unas cartas mias.

Zim. Hola! aun os acordais?

Herm. Dónde están? las has perdido ú roto sin duda.

Zim. No, nada de eso; vuestra memoria me es tan grata que no he querido privarme del placer de verlas y leerlas para acordarme de vos.

Herm. Ah! Sin duda las guardas aun?

Zim. Sí, sí, las cartas, bien lo sabeis, me consuelan en vuestra ausencia.

Herm. Y qué piensas hacer de ellas?

Zim. Si yo fuese Herman, y vos Zimeraf, teniendo en mi poder tan preciosos testimonios, qué uso hariais de ellos?

Herm Yo! (*embarazado.*)

Zim. Me hariais colgar, he? pues eso mismo haré yo con vos.

Herm. Tú me amenazas, cuando con una sola palabra puedo hacerte conducir al cadalso, y quitarte las cartas que te hacen hablar con tanta osadía?

Zim Quitármelas? imposible! no están conmigo.

Herm. Las has confiado á alguno?

Zim. No, están ocultas en la Selva negra.

Herm. Geraldo las ha leido?

Zim. Todas.

Herm. Yo te lo repito; quiero darte la libertad: escucha los medios que tengo para conseguirla. Dentro de una hora cuatro hombres que están á mi disposicion, entrarán conmigo en este sitio. Ragotzi cederá al oro, y sino á la fuerza. Tú te librarás por esa puerta que sale al campo, dirás á los que te acompañarán, el sitio donde tienes ocultas las cartas; en ese momento te entregarán quinientos florines. Partirás para Holanda, y al primer punto puedes embarcarte para las colonias. Pero dame ántes palabra de no volver á parecer en el palatinado. Y bien, reflexiona; lo aceptas?

Zim. No, lo rehuso.

Herm. Piensa que el suplicio te aguarda.

Zim. No iré yo solo á él.

Herm. Vamos, decídete: esta noche cubierto de una capa...

Zim. Esta noche... cubierto de una capa...

Reflexivo y ocupado de un proyecto.

Herm. Saldrás por esa puerta.

Zim. Por esa puerta... (*mirándole.*)

Herm. Y quinientos florines...

Zim. Yo los acepto.

Despues de un momento de silencio.

Ger. oculto. Los acepta el traidor!

Herm. Yo voy á preparar la egecucion de mi proyecto. Tú me juras...

Zim. Nada: tú desconfias de mí, y yo de tí, con que los juramentos entre nosotros son inútiles.

Herm. Ragotzi, haced entrar el preso, cuida de él mas que nunca. (*bajo al oido de Rag.*)

Rag. Id tranquilo. (*vase Herman.*)

ESCENA X.

RAGOTZI, ZIMERAF, GERALDO OCULTO.

Ger. Ah, pérfido Zimeraf!

Zim. Cómo egecutar mi empresa? yo sé que Ragotzi es afecto á Geraldo; avisémosle.

Rag. (*ap.*) Apresurémonos á libertar al conde.= Vamos adentro.

Zim. Un momento.

Rag. Cómo un momento? entra luego.

Zim. Aun no.

Rag. Te burlas de mí, por ventura?

Zim. Escucha, Ragotzi, tengo que hablarte en particular.

Rag. Qué quiere decir ese tono? cuidado con mi baston.

Zim. No te temo.

Rag. Todavía? como es eso de tutearme?

Zim. Hace mucho tiempo que te conozco.

Rag. No me hace ningun honor.
Zim. Es que tu no me reconoces?
Rag. No por cierto; sin embargo, yo creo....
Zim. Te acuerdas de un tal Zimeraf, en otro tiempo confidente del conde Herman?
Rag. Sí, sí, un gran bribon.
Zim. Justamente, ese soy yo.
Rag. Tú? yo te doy la enhorabuena.
Zim. Puedes dármela, porque ya me he vuelto hombre de bien.
Rag. Es imposible, porque tenia mucho que hacer.
Zim. Voy á darte una prueba de ello.
Rag. Muy dificil será: veamos.
Zim. El conde Herman quiere facilitar mi fuga.
Rag. Yo le apuesto á que no.
Zim. El sabrá obligarte.
Rag. Lo veremos.
Zim. Y tú consentirás...
Rag. Lo crees?
Zim. Sin duda.
Rag. Pues te engañas.
Zim. Pronto vendrá á buscarme.
Rag. Que venga, que venga.
Zim. Pero no soy yo á quien libertará.
Rag. A quién, pues?
Zim. Al conde Geraldo.
Ger. Qué escucho! (*ap.*)
Rag. No te entiendo.
Zim. Me esplicaré; tú me encerraràs en la prision de Geraldo, y á Geraldo en la mia; cuando Herman venga á sacarme, podrá muy bien con la obscuridad de la noche tomar á uno por el otro, y dar él mismo la libertad al conde Geraldo.

Ger. Y sospechaba de él! (*ap.*)

Zim. Vamos, y qué decis de mi proyecto?

Rag. Tengo dificultad en creer que no haya algun designio oculto bajo de tan buenas apariencias.

Zim. Tus sospechas me injurian; pregunta á Geraldo si cree poderse fiar de Zimeraf

Rag. Tu serenidad me quita toda duda. Yō tomaré todas mis precauciones por si acaso...(*ap.*)

Zim. Y bien, consientes?

Rag. A todo.

Zim. Vamos, avisa luego á Geraldo.

Rag. No tardaré

Zim. A dónde está?

Ger. Delante de tí. (*saliendo.*)

Zim. Geraldo.

Ger. Todo lo he oido, Zimeraf, y no consentiré...

Zim. Habrás creido que os abandonaría? no: vos ocupareis mi lugar. No es digno de vos, sin duda, mas yo espero que no estareis mucho tiempo en él.

Ger. Tú espones tú vida.

Zim Yo salvo la vuestra: ella es mil veces mas preciosa que la mia.

Ger. Herman furioso, hallándose burlado en su esperanza, te dará la muerte.

Zim. No se atreverá: mas en todo caso, si me mata, bribon menos, bastantes quedan aunque yo falte. Van á traerme una capa, os embozais en ella, y evitareis hablar delante de Herman. Lo restante lo hará el cielo.

Ger. No, Zimeraf; mi fuga dará mas fuerza á las acusaciones que me hacen, y no debo dar nue-

vas armas á mis enemigos en el momento que voy á ser justificado.

Zim. Cómo?

Ger. Mi hijo en este instante está en el camino de Sekenteim: él sabe el sitio donde estan ocultas las cartas de Herman, él va à entregarlas al príncipe, y mi inocencia será reconocida.

Zim. No enteramente: vos probareis sin dificultad que Herman os ha acusado injustamente; pero como persuadireis al Elector que no sois vos quien ha conspirado contra su vida hoy mismo en la selva?

Ger. Cruel recuerdo!

Zim. Partid, señor, es preciso sustraeros á la venganza de Herman, hasta el momento en que yo haya hecho patente su perfidia, y aguardareis en la granja de Frantz el éxito de estos acontecimientos. Ragotzi, yo necesito dos pistolas.

Rag. Las tendrás.

Ger. Qué quieres hacer con ellas?

Zim. Herman os hará acompañar por dos de sus satélites, y como estos pudieran inpedir vuestra huida, podeis despacharlos á cien pasos del castillo.

Ger. Zimeraf, esa accion...

Zim. Es necesaria. Pensad que son dos malvados de que vais á purgar la tierra.

ESCENA XI.

DICHOS, PEDRO *saliendo de la casa.*

Ped. Yo quisiera obtener del señor Ragotzi.....

Rag. Qué es lo que vienes á hacer aquí? Estás

escuchando lo que hablamos?

Ped. No, señor Ragotzi, nada de eso.

Rag. Sea en buena hora; porque si tal hicieras, yo te aseguro que...

Ped. Yo le juro á usted que nada escuchaba. Vengo para hablar á usted á solas, y sin testigos, de asuntos que me conciernen á mí solo.

Rag. Basta, basta: veremos. Adentro vosotros, vamos. (*á los prisioneros.*)

Ger. Generoso Zimeraf, á Dios.

Zim. Antes de separarnos permitidme el...

Haciendo ademan de abrazarle.

Ger. Ah! sí; ven, amigo mio, ven á mis brazos.

Los dos se abrazan con mucha ternura, Zimeraf mostrará mucho dolor en la separacion, y dice.

Zim. A Dios: Ragotzi, si Herman reconoce á Geraldo antes de salir del castillo, permitidme salir en su socorro: conozco su carácter altivo, y será capaz de hacer un atentado contra su vida.

Rag. La puerta de tu encierro estará abierta.

El entra en su prision á derecha, Ragotzi no cerrará la puerta con llave. En seguida conduce á Geraldo en la torre de encima la arcada, diciéndole.

Rag. Venid, señor, venid.

Ped. ¿Qué es lo que hace? los cambia de prision: alguna trama oculta hay aquí: en todo hay un misterio, y lo que me dá mas que pensar es que mi padre tenga amistad con uno de esos hombres, porque no hay duda que es un bribon. A la primera ojeada lo he notado, y

vea usted porque le hice prender en la cueva de mi abuela.

ESCENA XII.

RAGOTZI, PEDRO.

Ped. Señor Ragotzi, usted ha hecho un disparate.

Rag. Eh! (*enfadado.*)

Ped. No, no, quiero decir...

Rag. El lo ha notado! (*ap.*)

Ped. Que habeis equivocado los encierros.

Rag. Tú no sabes lo que te dices.

Ped. Perdone usted; el que estaba arriba lo ha encerrado usted abajo, y el de abajo...

Rag. Eso es falso.

Ped. No es sino verdad: pues qué yo soy ciego?

Rag. Te repito que es falso; lo has entendido?

Ped. Callaré, pues usted se enfada; pero verá usted como se halla en un compromiso.

Rag. Al caso; tú decias que querias hablarme sin testigos; ya te escucho.

Ped. Señor Ragotzi, yo vengo á pediros mi libertad.

Rag. Tu libertad?

Ped. Si, señor Ragotzi, quedándome aquí me tendrán por cómplice de esos malvados... y temo...

Rag. No tienes nada que temer.

Ped. Nada?

Rag. Nada mas que la horca.

Ped. Vea usted precisamente lo que yo quiero evitar; yo soy inocente; usted me conoce, señor Ragotzi.

Rag. Sí; yo te conozco por un gran majadero

Ped. Majadero como usted quiera; pero por eso no ahorcan.
Rag. En fin, quieres irte libre á la calle?
Ped. Cómo si lo quiero? lo quiero estraordinariamente.
Rag. Y bien, posible es.
Ped. De veras, señor Ragotzi?
Rag. Sí. Por tí voy á interesarme.
Ped. Oh! cuantas gracias le daré á usted.
Rag. Dónde está tu padre?
Ped. En el cuarto que dá al campo, donde está la ventana por la que se vá á la Selva negra. No es muy alta esta ventana, saltándola se sale al instante fuera del castillo, y si usted me permite, yo me atreveré á brincarla.
Rag. Es tu padre quien te envia á hacer esa pregunta?
Ped. Mi padre? Si, ahora se cuida de eso! allí está muy tranquilo, haciendo reflexiones.
Rag. Ah! reflexiona?
Ped. Pues, reflexiona: habla solo: esclama así: desgraciado Geraldo! pobre conde! (*con afect*)
Rag. Escucha: yo quiero dejarte salir del castillo.
Ped. Ah! Señor Ragotzi, qué bueno es usted.
Rag. Pero me harás un favor?
Ped. Hablad, disponed de mi vida.
Rag. Oh! no tanto: se trata de salvar á uno de mis enemigos, cuya vida está en peligro; defendiéndole contra los que atenten á ella.
Ped. Ah! no seria mejor darnos la libertad sin condiciones?
Rag. Pero no me has ofrecido ahora mismo tu vida?

Ped. Sí; eso se dice, pero no se hace.

Rag. Cómo? rehusarias?

Ped. No, ciertamente: pero si es preciso que me maten por vuestro amigo, mas estimaria quedarme en la prision.

Rag. Cobarde!

Ped. No me importa: pónganos usted á fuera; mi padre es valiente, y él reñirá por mi. Yo gritaré, acudirá gente, y vuestro amigo se salvará

Rag. Voy á hablar á Frantz; aguárdame.

Se entra en la casa.

ESCENA XIII.

PEDRO SOLO.

Ped. Está gracioso el señor Ragotzi con su amigo: como si eso me importara á mi... Yo defenderle! que no sé si me defenderé á mi mismo! Salgamos á puerto de claridad, y me rio de todos. Mientras yo pueda correr, no temo nada. Pero cuánto acontecimiento ha sucedido hoy! Mi hermano Julio, que ya no es mi hermano; el hombre de la Selva negr
padre. La princesa Celani
cipe quieren asesinar
mucho tiempo de t
alguno se a
chos. Rag

PEDRO,

Rag. Aqui

Ped. Alli h

Rag. Entra, tu padre está avisado.

Ped. Ah! señor Ragotzi, vamos á ser libres? qué alegria! qué gusto!

Rag. Calla: si te oyen....

Ped. Qué! trae usted armas de fuego?

Rag. Qué te importa á tí? Calla, y márchate.

Ped. No se enfade usted, no hablaré mas: ya me voy. [*vase Pedro: Herman aparece á la reja: cuatro criados le acompañan.*

ESCENA XV.

HERMAN, RAGOTZI, cuatro criados del conde, entre los cuales está FRITZEN.

Rag. (*adelantándose.*) Es Herman con cuatro de los suyos. Aparentemos no condescender á sus designios.

Herm. Ragotzi, abrid. (*dentro de la reja.*)

Rag. No puedo. (*acercándose á la reja.*)

Herm. Abrid, os digo, es Herman quien lo manda.

Rag. Perdonad, señor, que no os habia conocido. Pero cuál es el motivo que os trae á este sitio? (*abriendo.*)

...s á saberlo. Cierra esa reja. (*á un criad.*)

...o mismo debo....

...i; Zimeraf, ese prisio-

...he debido en otro

...resuelvo darle

...responsabi-

...u soberano;

...odos tus es-

erfuerzos serán inútiles. Tal es mi voluntad; ya sabes mi poder con el Elector; sabes que con una sola palabra puedo perderte....

Rag. Un soldado veterano conoce su obligacion, y no teme la muerte; jamás lo sufriré. = Yo quisiera verle bien lejos. (*aparte.*)

Herm. Doscientos florines si lo consientes: si lo rehusas, tu muerte es cierta. Y bien, á qué te decides?

Rag. A obedecer, pues no puedo hacer otra cosa.

Herm. Dame las llaves.

Rag. Yo mismo abriré.

Herm. No, yo no quiero que hables al prisionero. Cuál es la del encierro de Zimeraf? Es esta? (*examinando las llaves.*)

Rag. No señor, esa es la de Geraldo.

Herm. La del conde Geraldo? Bien.

Rag. Esta otra es la del encierro de Zimeraf. Ah! cuán duro me es ceder al temor de esos bribones! (*ap.*) *Herman toma con mucho disimulo la llave de la prision de Geraldo.*

Herm. Ya la tengo en mi poder. Tú, entra en la torre, y dá esa capa al prisionero.

A Fritzen que lo egecuta.

Rag. Ojalá no reconozca á Geraldo. (*ap.*)

Her. Todo sale como deseo.

Rag. Cómo haré para darle las armas?

ESCENA XVI.

DICHOS, GERALDO, dos criados de Herman bajan de la torre.

Herm. Aquí está el prisionero. Fritzen y vos

acercaos. (*los criados le rodean en este momento. Ragotzi dará las armas á Geraldo.*

Herm. Está todo dispuesto? (*bajo á Fritzen.*)

Fritz. Si señor.

Herm. Que mis órdenes sean egecutadas.

Fritz. Está bien.

Ragotzi se aprovecha del momento en que Herman está ocupado á dar sus órdenes para hablar á Geraldo y darle las pistolas.

Rag. Ahí teneis armas.

Geraldo embozado en la capa las toma, y las oculta con presteza.

Herm. Ragotzi, yo os habia dicho que no hablaseis al prisionero.

Rag. Le daba el parabien de su libertad.

Herm. Zimeraf, ya ves que he cumplido mi promesa, yo espero que cumplirás tu palabra.

Geraldo hace un movimiento, Herman le detiene diciéndole.

Herm. Si lencio, y parte.

Herman le toma de la mano y le conduce hasta la puerta que le ha mostrado. Zimeraf aparece á la puerta de su encierro para ver si su amigo se ha escapado. Ragotzi manifiesta mucha alegría de ver á Geraldo libertado por su propio enemigo. Geraldo se vá acompañado de dos criados.

ESCENA XVII.

RAGOTZI, HERMAN *y dos criados de éste.*

Herm. Ya he triunfado.

Rag. Ya está libre.

Aparece Zimeraf en el encierro, y dará muestras de alegria de ver á su amigo fuera, y entra en el encierro.

Herm. Luego que entre en la Selva recibirá la muerte. El sonido de la trompa me anunciará su fin. (*ap.*)

Rag. Estais contento, señor?

Herm. Sí, Ragotzi.

Rag. Y yo tambien.

Herm. Toma las llaves, y déjame solo.

Rag. Gran Dios! aquí falta la llave de la prision de Geraldo! Señor conde, falta una llave entre las que me habeis dado.

Herm. Y qué, tendreis la osadía de sospechar que yo... (*muestra mucho embarazo.*)

Rag. Y es la llave del encierro de Geraldo.

Herm. Cómo! os la habré yo quitado?

Rag. Sí, voto á brios, vos la habeis tomado de aquí. El desgraciado Geraldo es vuestro enemigo, y yo estoy cierto que meditais contra él algun nuevo atentado, mas primero que consumeis vuestro crímen, perderé yo la vida

Herm. Viejo osado! vas á esperimentar la venganza de Herman. La última hora de Geraldo ha llegado, y desgraciado de tí si te opones á mis designios.

Rag. Un soldado sabe morir, y no puede ser cómplice de un cobarde asesino.

Herm. Prended á ese temerario.

Rag. Monstruos, veremos quién lo consigue.

Saca la espada, se coloca delante de la puerta, y grita. Herman y sus criados tiran de las espadas, Ragotzi se pone á defender la entrada de la torre.

ESCENA XVIII.

DICHOS, EL ELECTOR, CELANIRA, ZIMERAF, GUARDIAS.

Elect. Qué haceis, Herman?

Herm. Dios, el príncipe!

Rag. Señor, salvad á un desgraciado que el conde quiere asesinar.

Cel. Cielos!

Herm. Miserable! Osas acusarme, cuando tú eres el solo culpable? señor, si yo he tratado con violencia á Ragotzi es por haber sabido que ha dejado escapar á Zimeraf, el asesino que fué preso con el conde Geraldo.

Zim. Señor, miente, yo no he salido jamás de prision. (*saliendo del encierro.*)

Cel. Qué veo!

Herm. Zimeraf!

Elect. Sepamos el misterio.

Zim. Señor, delante de vos teneis al amigo, al compañero del infeliz Geraldo, y al cómplice del infame Herman.

Herm. Perdido soy!

Elect. Esplicaos.

Zim. Herman es el mas criminal de los hombres: él ha abusado de vuestra confianza para cometer la mas horrenda injusticia. Geraldo es inocente.

Elect. Es inocente? Pero las pruebas de su traicion....

Zim. Herman las ha fraguado.

Elect. Los jueces....

Zim. Fueron engañados.

Herm. Qué, señor, podreis creer....

Elect. Aguardad, Herman, yo quiero oir su declaracion.

Zim. Descubriendo sus crímenes, me delato á mí mismo, lo sé, pero Geraldo me ha salvado la vida, y con ella le pago. Si yo me arrojo á vuestros pies, no es, señor, para implorar vuestra clemencia: yo merezco la muerte, y la sufriré sin sentimiento despues de haber descubierto á un traidor, y libertado á un inocente.

Elect. Dónde está Geraldo?

Zim. Se ha ido. Herman temiendo mi declaracion habia resuelto mi fuga, mas yo le he engañado, y es á Geraldo á quien él mismo ha facilitado la evasion.

Herm. Qué, señor, podeis dar crédito á las acusaciones de ese monstruo cubierto de crímenes, y sobre el cual la cuchilla de las leyes no puede tardar en caer? Los servicios que desde veinte años os he hecho, la muerte que hoy mismo os estaba preparada por ese infame..... Y podriais creerme capaz de tal traicion?

Zim. Príncipe, aun os está engañando; él es quien habia formado el infame proyecto de haceros asesinar en la selva, y Geraldo es quien os ha salvado.

Elect. Zimeraf, para tantas acusaciones es preciso pruebas.

Zim. Si trajera conmigo las cartas de Herman!

Herm. Príncipe, por su confusion, os será fácil de juzgar el atrevimiento y la falsedad de sus acusaciones.

Elect. Disculpaos; yo no veo en vos mas que

un falso acusador; y sino sereis conducido al cadalso que ha tanto tiempo mereceis. (*á Zim*)

ESCENA XIX.

DICHOS, Y JULIO que sale precipitadamente, y presenta al Elector varios papeles.

Jul. Príncipe, mi padre no es culpable, aquí están las pruebas de su inocencia.

Elect. Veamos.

Herm. Desdichado de mí!

Cel. Cielos! os doy las gracias.

Mientras el Elector leerá las cartas habrá un silencio profundo, Calanira y Julio manifestarán su alegria, igualmente que Zimeraf y Ragotzi. Herman su furor. Todo este cuadro debe ser animado por el semblante de los actores.

Elect. Miserable! tú me has hecho el mas injusto de los soberanos. Guardias, llevadle, y que sea tratado con todo el rigor de las leyes.

Herm. Voy al suplicio; pero al subir al cadalso, mi corazon se regocija en acordarse de haber muerto á mi enemigo.

Jul. Qué quieres decir?

Se oyen á lo lejos dos llamadas de trompetas y todos se sorprenden.

Herm. Ah! ya estoy vengado.

Elect. Qué significa esta llamada?

Herm. Es la señal de la muerte de Geraldo.

Jul. Infame, teme mi venganza.

Echando mano á la espada. Al mismo tiempo se oyen dos pistoletazos, y dicen dentro.

Dentr. Socorro, socorro.

Elect. Qué es eso?

Rag. Ruido se oye por este lado.
Zim. Mandad que abran esa puerta.
Elect. Ragotzi, abrid, yo os lo mando.

El ruido se aumenta. Dan golpes muy fuertes á la puerta pequeña. Ragotzi la abre, Geraldo entra en la escena todo fuera de sí con una pistola en la mano: se echará á los pies del Elector.

ESCENA XX.

TODOS.

Ger. Por piedad, socorredme.
Todos. Geraldo!

Frantz aparece tambien al frente de todos los aldeanos, y de todos los habitantes del castillo sobre el terrado.

Elect. Tranquilizaos, conde Geraldo; estais entre vuestros amigos.

Ger. Ah, Príncipe mio! apenas llegué á la entrada de la selva, cuando fuí acometido por

Conmovido y sin poder respirar.

una tropa de esos mismos bohemios que intentaron esta mañana daros muerte. Yo iba tambien á perecer á sus manos, cuando Frantz y algunos aldeanos acudieron en mi socorro. Pero mientras que ese fiel criado y sus amigos combatian contra una parte de esos monstruos, cinco de ellos me embistieron furiosos. Yo habia hecho fuego con mis dos pistolas, é iba en fin á ser vencido, cuando esta puerta abierta á mis gritos, me ha libertado de su furor.

Herm. Sí; yo he querido sacrificaros á todos á mi ambicion, y si me queda un sentimiento

es el de morir sin haber podido conseguirlo.
Elect. Llevadlo. (*los soldados se lo llevan.*)

ESCENA XXI Y ULTIMA.

DICHOS MENOS HERMAN, RAGOTZI Y GUARDIAS.

Elect. Geraldo, ah! cuán injusto he sido contra vos; pero desde este momento vuelve á mi gracia como es justo, con todos los empleos, rentas y honores, y á mas con las que obtenia el traidor Herman: y tú, hija mia, querido Julio si la razon de Estado no me permite haceros felices uniéndoos, quédeos la satisfaccion de amaros, y de amarme como yo á vosotros.

Zim. Si yo consigo volver á vuestra gracia, olvido todos mis males.

Elect. Zimeraf, yo os perdono, vuestro arrepentimiento me será fiador de vuestra enmienda en adelante.

Zim. Yo os lo juro, señor: vuestra bondad me liberta del rigor de la justicia, y yo prometo no tener jamás que hacer con ella: porque no siempre me podré libertar de sus manos.

FIN.